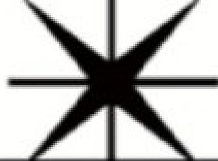


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

ROY ROWAN

# ¿De dónde vienes, Iker?

# ¿DE DÓNDE VIENES, IKER?

Roy Rowan

Título: ¿De dónde vienes, Iker?

Fecha publicación esta edición: 1969

Autor: Roy Rowan [Octavio Enguita Iguarbez]

Fecha 1ª edición Original: 1969

Editorial: Ediciones Toray

# Capítulo primero

LA sala estaba perfectamente iluminada; era grande y, en su interior, se oía el rumor inquieto de numerosas voces todas hablando a la vez, mezclándose y formando una musiquilla desagradable y monótona.

Cierto que los hombres y mujeres allí reunidos tenían de qué preocuparse y en ello radicaba su confusión. Aquella veintena de seres tenían el objetivo de poner en claro la personalidad de un hombre, digamos distinto, de alguien que en pocos años había pasado de lo desconocido a una actualidad sorprendente, arrolladora. De un ser que ciertos periodistas habían denominado superdotado, del fruto de la mutación que la Humanidad había venido sufriendo en las últimas décadas.

Y aquellos hombres y mujeres habían subido a una de las naves de la Seguridad Planetaria para viajar hasta la Luna y allí saber la verdad del hombre más importante de la Tierra.

¿Qué era Erwin Edelman, en realidad? ¿Una mente avanzada capaz de imaginar, analizar y desarrollar fórmulas insospechadas? ¿Un visionario lleno de hipótesis fantásticas? ¿Un hombre distinto a los demás…, o un poco de cada cosa?

Los periodistas se habían separado en varios grupos, cada uno de ellos con una idea distinta de lo que Edelman era en realidad, pero todos iban a tener la ocasión de verlo, de hablar con él y de saber lo que pasaba por su mente.

De pronto, una de las puertas automáticas de la base lunar se deslizó a un lado y un hombre canoso, aunque de mirada viva, observó a los informadores.

—Señores, el profesor Edelman va a tener el placer de entrevistarse con ustedes. Les ruego procuren ser lo más breves posible.

»Al profesor le marea que le atosiguen con preguntas. Limítense a hablarle de uno en uno, pues en el caso de considerar la entrevista peligrosa para el profesor me vería obligado a suspenderla.

El hombre hablaba con la boca llena de satisfacción. Al decir «profesor» sus ojos brillaban más y se le adivinaba orgulloso de poder cuidar de Edelman.

Uno de los periodistas se levantó, con cierto aire indiferente, y preguntó:

—Oiga, ¿qué hay del experimento? Nos prometieron que estaríamos presentes y no nos gustaría volver a la Tierra sin unas fotograbaciones dignas del viaje que hemos tenido que hacer.

El hombre se ofendió, puso cara de enfado y repuso:

—Serán testigos de algo maravilloso.

—¿De qué? —inquirió otro reportero, poniéndose en pie

entusiasmado por la idea de que el guardián del profesor Edelman les «adelantara» algo sensacional.

—Será el profesor mismo quien les dé detalles de sus trabajos y de lo que espera conseguir con ellos para el bien de la Humanidad entera.

—Pero…

—¡Silencio!

Los periodistas quedaron mudos, el hombre se hizo a un lado e hinchó el pecho.

Y apareció el profesor Edelman. Los periodistas abrieron mucho la boca y lo miraron como si vieran visiones. ¡Era completamente distinto a la idea que ellos se habían hecho! Lo imaginaban hundido de hombros, canoso y envejecido por cientos, miles de horas de soñar despierto con los mundos que los rodeaban.

Erwin Edelman no era un atleta pero no tenía nada que envidiar de ellos. Al contrario, tenía un rostro juvenil, afable y de una sinceridad absoluta. Al mirar lo hacía de frente y con mucha atención, como sorprendido de ver a tanta gente esperándole y halagado por unas molestias de las que no se consideraba merecedor.

Lo cierto es que, en aquella décima de segundo, Erwin Edelman, la joya mental que la Seguridad Planetaria había guardado en secreto durante años, los subyugó a todos, ganándose incluso la confianza de los más escépticos.

Acababa de dar otro salto hacia la fama.

—Buenas tardes, señores —dijo con voz tranquila.

Todos respondieron casi al unísono. Luego, mientras Edelman avanzaba hacia la mesa, los ojos oscuros de las cámaras filmadoras le siguieron fijos en su silueta.

Los periodistas habían enmudecido, estaban asombrados. Cuando el eminente físico se hubo sentado, ninguno se atrevió a abrir la boca. Tuvo que ser el propio Edelman el que añadiera:

—Señores, estoy aquí para darles toda clase de explicaciones, aunque la Seguridad Planetaria no me ha concedido todo el tiempo que a mí me hubiera gustado tener para charlar con ustedes y cambiar opiniones.

»Pero creo que es mejor que ustedes pregunten a que yo les explique todos los detalles de mis experimentos. Será más sencillo.

Sonreía suavemente al hablar, sin azorarse. Uno de los reporteros de la Tierra se decidió, y levantó la mano derecha.

—Profesor Edelman.

—Pregunte.

—¿Es cierto que va a ponerse en contacto con seres de otro sistema solar? Quiero decir si hablará con ellos.

—Sí, eso es exactamente lo que voy a hacer.

Hubo un murmullo de admiración. Se miraron entre sí, vacilaron.

¿Cómo la Seguridad Planetaria lo había tenido tan callado? Si Edelman decía una cosa semejante era porque era capaz de ello.

—¿Con probabilidades de éxito, profesor?

—Desde luego. He hecho otras pruebas y aunque no pueda decirse que me haya puesto en contacto con ellos, sí he podido probar que existen y que nos esperan.

»Está comprobado que una de las muchas series de ondas extrañas que llegan a nuestro Sistema proceden del punto con el que voy a comunicarme.

—En su opinión, ¿qué repercusiones puede tener para la Humanidad, profesor?

—Es prematuro para decirlo, pero con la ayuda de las computadoras se ha establecido que ellos tienen una mente muy avanzada. El único inconveniente es la distancia, señores. Como ya saben, aún con nuestras naves más rápidas, tardaríamos muchos años en poder llegar a ellos, y si no ha sucedido a la inversa debe ser porque para ellos también supone un serio inconveniente.

Los periodistas rieron.

—Algún día nuestros sueños serán realidad y el hombre viajará por el infinito eterno.

—¿Lo cree usted, profesor?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y cómo funciona su máquina…, o el aparato con el que usted va a hablar con…, con ellos…?

—En realidad se trata de una onda lumínea que saldrá de nuestro Sistema para recoger con mayor precisión los mensajes de «ellos» y remitirlos a nosotros. Es un primer paso para localizar el punto exacto de donde se encuentran y luego establecer una comunicación constante.

—Entiendo, profesor. Pero, díganos, ¿es cierto que sólo usted recibirá el mensaje?

—Sí. Es cierto.

—¿Por qué, profesor?

—Por la sencilla razón de que habrá que responder, y de ello no se puede encargar un cerebro electrónico.

—¿Y qué supone usted le dirán?

—Es imposible saberlo, señores… Sin embargo, no tendremos que esperar demasiado.

—¿También es cierto que vamos a estar presentes, que podremos decir a todos los hombres de los planetas ocupados que estamos en contacto con seres insospechados?

—Sí, es cierto.

—¿Y cómo son, profesor?

—No puedo saberlo todavía.

—¿No entraña ningún peligro lo que se propone?

—No lo creo. Y si llega a serlo será uno más de los que el hombre tendrá que afrontar en el futuro. ¿No les parece?

Respondieron afirmativamente. Y ellos habían sido testigos de los problemas a que el hombre se había visto obligado a enfrentar desde que empezó sus primeros «paseos» por el espacio exterior. Pero la aventura era cada vez más fascinante, más grande. Cuanto más se alejaba el hombre de su punto central, la Tierra, mayores eran sus sorpresas y las incógnitas que el Cosmos le formulaba.

El jefe de la Seguridad carraspeó y cortó la conversación diciendo:

—Ha pasado el tiempo, profesor.

—Sí, es cierto —replicó. Y luego, volviéndose hacia los periodistas, agregó—: Espero que vuelvan por la Luna, señores, me gustaría que todos los hombres participaran de mi emoción.

—Gracias, profesor.

Edelman, sin perder su tranquilidad, se puso en pie y se dirigió hacia el otro hombre. Sin decir nada, se acercaron a la pared y, cuando la puerta electrónica se deslizó a un lado, salieron en silencio, camino del lugar donde Edelman revolucionaría la Historia.

¡El hombre viajaba hacia las estrellas!

Mientras varios miembros de la Seguridad Planetaria se cuidaban de llevar a los informadores al lugar del experimento, Edelman andaba serio y pensativo.

—¿Ocurre algo, profesor?

—Nada, Scott, es la impaciencia… A veces he llegado a pensar tantas cosas…

—Creo que necesita un descanso. Y ya he informado de ello a la Tierra. Tan pronto como termine la prueba se tomará unas vacaciones y no pensará en ninguna de sus terribles ecuaciones.

—Gracias, Scott, nunca pensé que tuviera tantas niñeras como ahora.

—Usted vale mucho, profesor… Usted es el cerebro de la Humanidad.

Edelman sonrió. Cierto que nadie había llegado tan lejos como él, pero eso no quería decir nada. Otros, sin ninguna duda, tendrían ideas y proyectos mucho más avanzados. Él sólo era un pequeño eslabón progresista en el tiempo.

De repente, casi sin sospecharlo, tuvo un pensamiento fatalista, inesperado. ¿Y si pasara algo que no esperaba? ¿Y si lo que había allá, en el Nada y el Todo, no era como él confiaba?

—¡Scott!

—Diga, profesor.

—No sé…, he pensado algo…

—¿El qué?

—Cuando acabe el experimento, después que todo haya terminado, quiero que me analicen con todas las máquinas del laboratorio.

—No entiendo, profesor.

—No se preocupe, es simplemente una medida preventiva. Cuando todo acabe no hablaré con nadie. Me llevará a la sala de observación y me tendrá allí veinticuatro horas. Si usted viera algo extraño no deje que salga hasta que vengan otros científicos y me examinen.

»¿Lo hará, Scott?

—Sí, claro, si usted lo pide.

—Pero es que sólo valdrá lo que le estoy diciendo ahora, ¿comprende? Cuando todo acabe he de repetir estas mismas palabras, Scott, las mismas.

Scott se había puesto lívido. Repentinamente, la sangre había huido de su rostro y empezaba a sentir miedo. ¿Por qué Edelman, que a nada había temido, tenía que decir esas cosas? Pensó que los científicos, y sobre todo los de la clase de Edelman, eran gente muy extraña, con una mente más extraña y compleja todavía. Nunca se podía decir lo que estaban pensando, era como si vivieran en otro mundo completamente distinto al de los seres normales.

—Descuide, profesor.

—Así lo espero.

Llegaban al final del pasillo. Un trozo de pared se apartó ante ellos apareciendo frente a ambos la sala de pruebas de Edelman. No era muy grande, pero estaba atiborrada de aparatos de la mayor precisión, de cables elásticos que se enredaban como lianas de un bosque milenario.

En el centro, sola, había una silla metálica con abrazaderas para sujetar al hombre que en ella se acomodara.

Algo que nunca había sucedido pasó por las mentes de los dos hombres. ¡Aquella silla extraña se les antojó desagradable, molesta a la mirada!

Edelman fue a seguir caminando hacia la sala, pero el policía lo detuvo asiéndolo por un brazo. Ambos sabían que los periodistas y el personal especializado del laboratorio estarían mirándoles y esperando con el corazón encogido en un puño.

—Profesor, espere.

—No tema, Scott. Sería una tontería…

—Espere, se lo suplico… Quiero decirle que si usted ve algún peligro en el proyecto, debe suspenderlo.

—Imposible.

—Pues ponga entonces a un robot en su lugar. Cuando hayamos analizado lo que la grabadora capte entonces decidiremos si debe usted arriesgarse.

—¡Imposible! Ya sabe usted lo que me costó lograr que aprobaran

mi proyecto… Sólo cuando les presenté pruebas irrefutables de la solidez de mis ideas se dignaron hacerme caso.

»He luchado mucho, Scott, y no voy a arriesgarlo todo por… Bueno, por lo que sea.

—Pero…

El rostro de Edelman, que se había crispado durante un par de segundos, recobró su aspecto.

—Estamos nerviosos, Scott. Usted también ha trabajado mucho en su especialidad.

—Profesor…

Erwin Edelman avanzaba ya hacia la silla. El guardián fue a ir tras él para detenerlo e intentar una vez más que le escuchara, pero estaba prohibido entrar en la sala y tuvo que aguantarse.

Antes de que la puerta se cerrara ante sus ojos pudo ver a los dos ayudantes de Edelman que se acercaban al profesor para ayudarle a colocarse en la silla y dar el toque final a los instrumentos.

Tuvo un estremecimiento. De pronto recordó los artefactos donde sus antepasados solían ejecutar a los delincuentes, y un frío siniestro le recorrió la espina dorsal.

Era demasiado tarde para volverse atrás. Si Edelman le hubiera hablado de aquella manera un poco antes, habría tomado las medidas correspondientes, hubiera enviado un extenso informe a la Tierra. Porque él era el responsable de la vida de Edelman.

Sintiendo un sudor pegajoso por todo su cuerpo, se acercó a otra puerta para dirigirse a la cámara especial desde donde podría ver el experimento.

¡Tenía miedo!

* * *

Los informadores estaban mudos, completamente callados. Sus pequeños magnetófonos habían grabado las palabras del profesor evitándoles absurdas anotaciones, las cámaras registraban todo cuanto Edelman hacía. Ellos sólo tenían que ver, respirar el ambiente y transmitirlo a los congéneres que esperaban esparcidos por los planetas más próximos al Sol.

Los demás estaban demasiado lejos de las radiaciones solares: eran planetas vacíos, helados, donde la vida, cualquier clase de vida, era imposible. Pero más allá del Sistema, en torno a otros soles, estaba la vida desconocida que Edelman iba a descubrir.

Edelman, tranquilo, gozando de aquellos instantes que le pertenecían, dio los últimos pasos hacia la silla. Sus dos ayudantes le

siguieron, le colocaron el extraño casco sobre la cabeza, que a su vez estaba conectado a un instrumento de aspecto sencillo, similar a un pequeño cañón, y se apartaron.

Uno de ellos se acercó a un tablero de mandos y colocó el dedo índice sobre un interruptor.

Edelman lo miró; ambos se miraron. Habían ensayado muchas veces los mismos movimientos. Cuando Edelman hiciera un movimiento afirmativo con la cabeza, el ayudante pulsaría el mando.

Y diez segundos más tarde el artefacto parecido a un cañón enviaría la onda a una velocidad muy superior a la de la luz.

¡Sería como si la mente de Edelman surgiera de lo conocido para adentrarse en el Más Allá!

Edelman se apoyó en el respaldo de la silla, respiró profundamente y esperó hasta notar que su respiración se calmaba recuperando el ritmo normal.

Estaba listo. Nada de lo que sucediera a partir de ahora podría sorprenderle, ¡absolutamente nada! Su mente avanzada le había hecho saber que ahora no habría nada imposible, que tal vez hiciera un descubrimiento más insólito de lo que su mismo cerebro podía imaginar.

Y él, como soldado del futuro, se había preparado para ello.

Apartó la mirada de la faz del pálido ayudante y movió la cabeza ligeramente, apenas nada.

Pero el destino siguió su curso y el hombre movió la mano como le había sido ordenado.

Una luz roja se encendió en el tablero al mismo tiempo que el cañón cobraba vida y dentro de él la cibernética empezaba a actuar para cumplir las órdenes que el hombre le había encomendado.

Mentalmente, Edelman contó los segundos. Quería tener conciencia del momento exacto del «encuentro» para no perderse un solo detalle. Aquél era el momento más importante de su vida.

Pasó el pequeño lapso de tiempo y el científico se tensó por propio instinto.

¡El diminuto cañón se encendió y de él nació un haz de luz tan blanca como el papel más perfecto! Sin embargo, mejor será decir que nadie lo vio «nacer», pues en realidad, su velocidad fue tal, que dio la sensación de haber estado siempre allí, con un extremo perdido hacia el infinito.

Aquel punto de unión entre una vida y otra se perdía en el espacio hasta desaparecer, pero todos los allí presentes sabían que estaban avanzando, que probablemente, cuando sus mentes lo imaginaran ya habría salido del Sistema, ¡incluso que tal vez ya trajera de vuelta el mensaje que Edelman iba a captar!

Era fantástico, maravilloso. Y, según Edelman había insinuado, tal

vez no fuera preciso construir naves para ir a lugares insospechados. Aquel rayo, su rayo, una vez perfeccionado, podría traer y llevar cualquier cosa.

Los segundos parecieron interminables. El haz lumínico seguía en el mismo lugar, como un puente entre dos mundos. Sólo faltaba saber cómo sería el otro y si había valido la pena que uno de los hombres más brillantes de todos los tiempos consagrara su vida a ello.

¡O si tal vez fuera un error!

Scott sudaba como nunca a pesar de que la temperatura ambiente era estable y más bien fresca. Tenía los ojos clavados en la nuca del profesor, incluso su vida parecía estar al lado mismo de la de aquel hombre valiente.

Y, súbitamente, una décima de segundo antes de que el haz luminoso se esfumara, sucedió aquello:

¡Erwin Edelman sufrió un espasmo violento, atroz!

De repente, se estremeció en la silla y pareció sacudido por una descarga eléctrica fulminante; incluso el casco saltó de su cabeza y cayó al suelo mientras el cuerpo de Edelman seguía estremeciéndose brutalmente.

—¡Suspendan! —bramó Scott dando un salto en el asiento—. ¡Suspendan inmediatamente!

Podían oírle y vio cómo los dos ayudantes se dedicaban a desconectar todos los aparatos de la sala. Cerca de allí, los informadores también se habían puesto en pie. El que mejor conservaba la calma estaba lívido.

Y Erwin Edelman seguía estremeciéndose, botando en la silla como si el diablo se hubiera introducido en su cuerpo para desfigurarlo y hacerlo maldito.

Todas las puertas se abrieron. Unos sanitarios se unieron a Scott y se lanzaron sobre el joven profesor, cuyos ojos estaban cerrados por una infinita mueca de dolor interno, ¡el más horrible de los dolores que pueda padecer el hombre!

# Capítulo II

—ERWIN… Erwin…

La voz era fría, autoritaria; y tenía un tono duro y extraño. Aunque la había oído perfectamente dudó de su mente, de sus propios reflejos cerebrales, pues le había dado la sensación de formarse dentro mismo de su cerebro, ¡como si él se llamara a sí mismo!

—¿Me oyes, Erwin?

Movió la cabeza, denegó. Aquella voz no era la suya ni tampoco su pensamiento. Era alguien extraño que le llamaba y se enfadaba al mismo tiempo porque él no le respondía.

—¿Qué ocurre contigo, Erwin?

—¡Nada! —exclamó.

Estaba asustado. Su mente trabajaba, pero todo había cambiado, nada era como antes de que «aquello» sucediera. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué lo que él tanto había perfeccionado tuvo que fallar?

—No temas, Erwin… Sé que estás asustado, que te sientes muy solo y vacío.

—¿Quién eres? ¿Por qué me hablas si no te conozco? ¿Qué me ha sucedido?

Hubo una pausa. En realidad duró muy poco, pero a Erwin le pareció una eternidad. Y este silencio lo asustó mucho más. Si no podía ver ni nada sentía, ¿qué razón de ser tenía aquella voz desconocida e imperiosa?

—¡Mi mente! —gritó, llevándose las manos a la cabeza.

La apretó con fuerza inusitada, con rabia. Porque él era un hombre con un coeficiente mental muy superior al normal y sabía que las voces como aquella eran peligrosas: ¡significaban indicios de un trauma cerebral!

—Tranquilízate, Erwin… Estás bien…

—¿Quién eres?

—¿Qué importancia tiene mi nombre, Erwin? ¿Acaso tú consideras a los seres por las letras que forman su denominación? Eso no es propio de ti.

—Pero… ¡Oh, Dios, estoy delirando!

—Erwin Edelman…

La voz, ahora, sonó más rígida que antes.

—No puedo entender… No sé lo que me sucede… ¿Por qué no hay nadie conmigo?

—Estoy yo, Erwin.

—¿Y quién eres tú?

—Tu amigo. Créeme, no tienes por qué asustarte… Eres afortunado, uno de los mortales más afortunados que hayan podido existir en tu mundo.

Edelman no respondió. Cierto que no sabía nada, que tenía miedo, pero la charla, aunque inexplicable, parecía tomar un rumbo que ya le agradaba más.

—¿Y de qué mundo eres tú?

—Del mismo que el tuyo, Edelman… Todos somos del mismo mundo, aunque de distinta manera.

—¿De qué manera? ¿En qué lugar del cosmos te encuentras?

—En ninguno y en todos.

—Entonces…

—Sí, Edelman, yo he venido a salvarte.

Las dudas renacieron en el interior de Erwin y el dolor de cabeza que empezó a sentir le hizo apretar las mandíbulas con furia. Era como si una zarpa odiosa y maligna le revolviera la masa cerebral para destruírsela.

Sintió un sudor terriblemente frío, un estremecimiento lo sacudió y se llevó las manos a los costados instintivamente para protegerse de aquel cambio tan extraño como inesperado.

—¿Por qué no hablas? —inquirió temblándole los dientes—. ¡Habla, di quién eres!

—Estás confundido, Erwin… Creí que tú serías distinto y sabrías comprender muy pronto, pero veo que me he equivocado.

—¿Equivocado? ¿En qué?

—Cálmate… Descansa y no pienses en nada…

—Tengo frío, mucho frío…

—Y luego tendrás calor…, e incluso pensarás que has enloquecido. Mejor dicho, lo has pensado ya. Pero no es así, Erwin, no es así… Tú eres distinto y por eso he aceptado tu llamada, por eso he venido a ti para salvarte.

—¿Por qué salvarme?

—Lo sabrás, Erwin… Lo sabrás…

—Oye, espera… Quiero que me expliques todo, que me digas lo que pasa. Esto sólo tiene una explicación: demencia… Y si es así prefiero morir.

—¿Morir?

Y entonces llegó a la mente de Erwin Edelman una risa tranquila, de ser seguro de sí mismo. Lo que él decía le hacía gracia, lo divertía.

Edelman, de pronto, tropezó con una hipótesis: el experimento no había fallado, aquel impacto terrible que sintió fue más el producto del roce con el mundo con el que él se había querido comunicar. Ahora estaba en contacto con «alguien» más allá del Sistema, con las estrellas que le habían fascinado.

—Hasta pronto, Erwin.

—No, espera, puedo hablar. Lo que yo quiero es precisamente eso: hablar contigo y conocerte…

—Después…

—No, ahora… Escucha, yo sólo tengo buenos deseos, quiero conocer tu mundo y que tú conozcas el mío, saber, ¿entiendes?

Esperó unos segundos, pero no tuvo respuesta. Su mente había quedado más vacía, más hueca. Y, al mismo tiempo, el frío congelador había disminuido gradualmente. Cuando ya estuvo seguro de que su interlocutor no estaba, volvió a sentirse como antes y miró en derredor.

No veía nada, aunque tampoco podía definirse de esta manera. Tenía la sensación de poder ver, de moverse, de levantar los brazos y caminar, ¡aunque bajo sus pies no hubiera suelo!

Pero ¿acaso, antes de iniciar su experimento, consideró que podría ocurrirle algo fantástico? Pues había sucedido, acababa de comprobarlo.

Lo que más le aterraba era estar loco, ser un demente y tener que vivir dentro de los muros de su cerebro, que se convertirían en las barreras más insalvables y tenebrosas.

De repente, le invadió un profundo sopor. Su mente estaba cansada y sintió una absoluta tranquilidad, como si olvidara todo lo sucedido para absorberse en un reposo total.

* * *

El auto—bólido surgió bruscamente en el azulado cielo del Pacífico y su figura se engrandeció a los ojos de los testigos mientras perdía velocidad y se aproximaba a la corta pista de la isla. Era la ambulancia de emergencia, aunque casi podría decirse que no había otra que llegara a la isla llamada Ataru.

Ataru, con sus catorce millas cuadradas de superficie, era un punto perdido en el mar del que sólo se podía salir en auto—bólido. Ataru era algo similar a una isla fantasma guardada celosamente por todos los medios de seguridad. Pero allí no había secretos, ni armas: sólo seres humanos, la mitad centinelas y el personal sanitario más especializado, y el resto personas a las que había que vigilar, tener bajo permanente observación.

El auto—bólido llegó a detenerse en el aire y entonces descendió con extrema suavidad hasta tocar el suelo. Entonces, una docena de hombres y mujeres salieron del pequeño aeropuerto y se acercaron al vehículo volador.

Había mucha curiosidad, aquél era un día especial, ya que uno de los hombres más extraños del planeta iba a alojarse en Ataru por tiempo indefinido, ¡el único hombre cuyo cerebro había ido más allá

de las estrellas!

Se abrió la parte posterior del aparato, dando paso a una rampa automática por la que al instante se deslizó un pequeño vehículo herméticamente cerrado.

El personal de la isla fue hacia él y lo rodeó. Dos hombres vestidos con ropa esterilizada se detuvieron frente a la portezuela del vehículo mientras dos pasajeros del auto—bólido se les acercaban con paso rápido y seguro.

—¿Doctor Prager? —inquirió uno de los recién llegados.

—Yo soy —le replicó un hombre alto, de sienes plateadas y mirada penetrante—. Recibimos su mensaje por la radio y también noticias de lo sucedido, aunque suponemos no será todo.

—Pues lo es, doctor. Todo cuanto sucedió en el laboratorio experimental del infortunado profesor Edelman ha sido dado a conocer, desgraciadamente.

—Sí, comprendo que la opinión pública estará alarmada y sorprendida.

El otro asintió con la cabeza. Estaba muy serio y tenía muestras de cansancio. Era Scott, el hombre bajo cuya custodia personal estaba el cuerpo inanimado de Erwin Edelman. Desde que sucedió aquello había tenido que redactar una veintena de informes, le habían sometido al detector de mentiras y un enjambre de investigadores lo habían estado interrogando durante el regreso de la Luna.

Ahora le habían dicho: «Scott, usted es de las personas que mejor conocen al profesor; a pesar de que debió tener más cuidado y comunicarnos sus temores a su tiempo, se le da la misión de acompañar al profesor y cuidar de él hasta su recuperación.»

A simple vista, las palabras parecían normales, una orden común y corriente que él, como veterano miembro de la Policía Espacial, estaba acostumbrado a oír. Sin embargo, era un ultimátum. Había tenido un fallo y si volvía a sucederle algo al profesor Edelman, significaría el fin de su carrera, incluso no le extrañaría que le hicieran un juicio.

—Más de lo que usted pueda suponer, doctor Prager —contestó Scott, taciturno.

—Hemos tomado medidas severísimas, y puedo asegurarle que en ningún lugar estaría el profesor Edelman mejor que aquí.

—Así sea.

—Descuide. Aunque hace muchos años que no tenemos enemigos entre nosotros, nadie podrá hacerle el menor daño en Ataru. Además, contamos con los mejores medios de seguridad. Se los enseñaré detenidamente para que se disipen sus posibles dudas, Scott.

—Gracias.

—Por aquí…

Subieron al vehículo salido del auto—bólido y se deslizaron hacia

el centro de reposo «H—2».

Scott podía sentirse tranquilo, además de que el lugar era realmente bello. Nadie podía aproximarse a diez millas de la isla sin ser detectado al instante. Los psicólogos más brillantes trabajaban allí y el porcentaje de enfermos curados, de todas las especies y clases era realmente esperanzador.

Aquél era el único lugar donde había esperanzas de que el profesor Edelman se recuperara, al menos así lo creería cualquier mente cuerda de la Tierra y sus planetas más cercanos en los que habitaba el hombre.

Pero Ataru y su complejo «H—2» guardaban algo que ninguno de ellos podía sospechar. De imaginar tan sólo una pequeña parte de ese riesgo, Scott se hubiera llevado de allí a Edelman al instante, como si le empujara el diablo.

Sin embargo, por mucho que avanzara la ciencia, jamás podría llegar a predecir el futuro, esto era algo que los hombres debían vivir para bien o para mal, sacando de todo ello sus propias experiencias.

Y la de Edelman era peligrosa, muy peligrosa.

Rodeado siempre de atenciones y de una vigilancia estricta, Erwin fue introducido en el complejo y alojado en una amplia habitación cuadrada. Dos de las paredes estaban pintadas de un azul muy pálido y las otras dos eran grandes ventanales con vistas a la playa y al Pacífico Sur. Se esperaba que aquél fuera uno de los mejores lugares de reposo del mundo para cuando Erwin recuperara el conocimiento.

En realidad, podía decirse que la habitación era una gran urna transparente, puesto que las dos paredes interiores eran grandes espejos para que desde el otro lado expertos y guardianes lo custodiaran constantemente, observando sus reacciones.

Porque Erwin Edelman tenía que abrir los ojos tarde o temprano. Su mente era una joya de la que la Humanidad no podía prescindir, además del aspecto humano.

Una vez depositado sobre el cómodo lecho, varios doctores lo rodearon. De alguna parte surgieron extrañas máquinas, y comenzó el largo período de observación. Los rayos X y Láser penetraron en su mente, por todo su cuerpo, fotografiándolo, analizando todas sus funciones corpóreas como microbios tremendamente curiosos.

Tenían que darse prisa y aquel mismo día remitir el análisis completo al Departamento de Seguridad del Gobierno Central, en un lugar del Norte de África. Políticos y militares, el mundo entero, esperaba la palabra de aquellos médicos y la fecha en que Edelman volvería a su estado normal. De la noche a la mañana había pasado de ser un científico ignorado a un héroe querido por las gentes más remotas.

—¿Qué hacen, doctor Prager? —preguntó Scott pasándose la

lengua por los labios y sin quitar la vista de los médicos que rodeaban al científico.

—Lo observan. Luego le enseñaré radiografías y datos. Tranquilícese, Scott.

—Imposible. Yo tengo mucha responsabilidad.

—También yo. Estoy en la misma situación que usted se encontraba en el laboratorio de la Luna, Scott.

—Sí, pero…

—Todo saldrá bien. Hoy día conocemos todas las enfermedades y los microbios. Sea lo que sea, sabremos dar con ello y curarlo.

—¿Está seguro?

Scott no quería convencerse ni hacerse ilusiones. Tenía sus dudas particulares, a pesar de lo que Prager pudiera decirle. Conocía a Edelman, sabía adónde había querido llegar y no se engañaba al pensar que allí podría haberle sucedido cualquier cosa.

—Por completo. Y ahora perdóneme… Usted puede descansar si lo desea.

—No, prefiero quedarme aquí.

—No podrá estar todo el tiempo, compréndalo.

—Lo intentaré.

El médico se encogió de hombros y salió al pasillo para luego penetrar en la habitación de Edelman y ponerse a hablar en voz baja con uno de sus colegas.

Scott pudo oír algo de lo que decían:

—¿Cuál es su impresión…?

—No puede decirse nada todavía, pero creo que está bajo los efectos de un fuerte «shock». Habrá que reconocerlo bien…

—Sí, desde luego.

Prager se giró y su mirada fue hacia donde estaba Scott, aunque no podía verlo sabía que estaba allí, detrás de la falsa pared.

Scott esbozó una sonrisa y miró hacia atrás. A su espalda, de pie, habían dos hombres jóvenes y fuertes, los dos permanecían con los brazos cruzados sobre el pecho y uno de ellos llevaba un arma en el costado derecho para mayores precauciones.

Pensó que Edelman no podía sospechar lo que le estaba sucediendo. Había caído como fulminado y su mayor sorpresa la recibiría al despertar y encontrarse en aquella isla.

* * *

Estaba aburrido. Dio varias vueltas por el lecho y acabó incorporándose de mala gana para mirar hacia la invisible puerta, tan

perfecta que apenas se notaba en la pared.

No, desde luego, allí todo era perfecto. Pero Barry Gauger estaba cansado de permanecer quieto. A veces, aunque lo tenía prohibido y ya le había costado más de un disgusto, se entretenía con cualquiera de los que pasaban por los corredores o los que estaban en la playa. Sólo entonces se divertía a sus anchas.

Pero Iker se enfadaba mucho y le castigaba. Y esto ya no era divertido, porque Iker sabía hacer daño. ¡Diablos si sabía!

Saltó del lecho y penetró en la habitación contigua a la suya. Era idéntica, con la cama puesta en el mismo lado, con la misma ventana y el mismo paisaje.

Allí había otro hombre. Estaba de pie, mirando hacia una pared, muy entretenido.

—¡Iker!

No tuvo respuesta. El otro, de anchas espaldas y fornido como un atleta, estaba absorto en su desolada contemplación, como si le hubiera visto llegar.

—Iker, ¿qué haces?

Barry, de mirada brillante y extraña, no tan alto pero sí con unos movimientos de felino, se le colocó a un lado y se concentró en la pared, mirándola del mismo modo en que lo hacía Iker.

De pronto, éste se volvió y le dio un violento e inesperado empellón, que obligó a Gauger a dar un traspiés.

—¿Qué te ocurre, Iker?

—¿Por qué siempre has de meterte donde no te importa, estúpido? ¿Acaso no he hablado claro? Eras un miserable y un tipo asqueroso hasta que yo te ayudé…

Iker, al volverse, tenía el rostro descompuesto por la ira. Sus ojos parecían mirar a dos sitios a la vez, dando la sensación de concentrarse en las dos orejas de Gauger.

—Iker, espera..

—¡Inepto!

—No creí que…

—¡Tú nunca debes creer nada, sólo has de hacer lo que yo te diga y cuando yo lo ordene! ¿Por qué has venido aquí?

—Pues… no sabía qué hacer… Estaba tan aburrido en esa maldita celda que vine a hacerte compañía.

—Ya puedes volver a tu habitación.

Gauger se puso en pie inmediatamente y se dispuso a obedecer. El rostro de Iker parecía una máscara indescifrable. Con los ojos a punto de saltarle, la boca cerrada y todas las venas de la cara a punto de estallar, parecía preso de un ataque de demencia.

O tal vez no lo pareciera. A veces, según las circunstancias, Gauger dudaba. Ahora supuso que Iker estaría muy «ocupado» con alguna de

sus ideas y por eso le había molestado su presencia.

—Iker…

—¿Qué?

—¿Puedo ir con Raissa?

—¿Para qué?

—A charlar con ella.

—¿Solo?

—Claro, Iker… Ya sabes que he mejorado mucho, no irás a sospechar de mí…

—En ti creo cualquier cosa, aunque ella… Bueno, no creo que sea tonta.

Gauger hizo una mueca boba y medio sonrió.

—Claro, Iker. A veces tiene demasiado genio. Creo que duda de nosotros.

—No lo creo. Es normal que se comporte de esa manera dado su carácter. Lo conjeturé antes de que la trajeran aquí, y no me equivoqué… Se le pasará pronto.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como conozca a alguien.

Gauger se envaró. La sonrisa de idiota enajenado se esfumó y en su lugar apareció una expresión feroz, de un odio irrefrenable. El otro lo miró con atención, sin el menor asomo de temor, estudiando el comportamiento de su compañero.

—Vete ya, Gauger, estoy muy ocupado.

—Sí.

—Y no discutas con Raissa. Ahora habrá que trabajar mucho. Estamos llegando al final de nuestra primera meta.

—¿De verdad, Iker?

—Claro.

# Capítulo III

LOS médicos se habían ido y ahora estaban en sus laboratorios, estudiando los análisis y haciendo innumerables hipótesis y conclusiones todas distintas. Scott, obstinado, seguía en la habitación contigua a la de Edelman, y lo miraba absorto, con todos sus sentidos centrados en el cuerpo del valiente investigador.

Lo veía tan quieto, tan suavemente dormido, que le parecía imposible lo que sucedía. Era como si Edelman descansara después de un fatigoso trabajo.

Y, sin embargo, estaba más muerto que vivo. Los médicos de Ataru podían darle las esperanzas que quisieran, pero Scott estaba en la creencia de que Edelman jamás volvería a ser el de antes. Pensaba que ya no sería nada, o que tal vez se convirtiera en… ¿En qué? No lo sabía y la misma idea le asustaba casi tanto como el informe que tendría que dar a sus superiores.

A veces le gustaría estar en el cuerpo de Edelman, por lo menos no sentiría el rapapolvo que le esperaba.

Pero, aparte de las reacciones humanas propias de cualquier hombre como él, Scott tenía un gran pesar. Para todos, excepto para él, Edelman había sufrido un accidente, seguramente con los cables de alta frecuencia de su aparato, y por eso se encontraba en ese estado. Nada más. Pero Scott abrigaba otros temores, que tal vez no se les podría denominar más que ramalazos de terror hacia lo desconocido.

Edelman era uno de los hombres más inteligentes e imaginativos del Sistema. Estaba seguro de que él sabía más de lo que había dicho y había contado con todo aquello. ¿Por qué no habría de despertar y recuperarse para que todo quedara olvidado?

Estaba tan quieto…

Cuando le dolieron los ojos, Scott se frotó las manos enfadado y se giró hacia los guardianes. Tomaría algo caliente sin salir de la habitación.

Ya no vio a Edelman, aunque de todas formas hubiera sido lo mismo, porque Scott estaba en otro mundo, en otra dimensión, muy lejos de donde Edelman se encontraba.

Erwin sintió un profundo desasosiego y abandonó el perezoso y extraño letargo. De pronto, sus miembros cobraron vida como lo habían hecho antes y volvió a sentirse ligero, ágil.

Las sombras, aquellas nubes gaseosas que flotaban a su alrededor habían vuelto a aparecer y reconoció el «paisaje» al instante.

¡La voz con la que habló debía querer decirle algo!

Se introdujo en una de las pequeñas nubes y la deshizo con el movimiento de sus manos.

—¿Dónde estás? —preguntó en voz alta, ansioso de ver a su

interlocutor.

Si era distinto quería saberlo, quería saber la verdad de todo. Lo único que temía era la ignorancia.

—¡Contesta!

Las nubes se deshilachaban y le envolvían luego en otras masas distintas y no menos bellas. Sí, aquel lugar hubiera sido el paraíso de un poeta. Pero Edelman no era poeta, sino científico, y jamás había visto nada semejante.

Conforme fueron pasando los segundos sin recibir respuesta más fuerte, se hizo en él el pensamiento de que estaba en otro mundo, muy lejos del Sistema Solar.

¿Lo habría logrado? ¿Estaría en un lugar sin sol y con apenas luz, donde sus habitantes no tenían forma física, sólo hablaban como salidos del infierno?

Decidió calmarse y notó que se movía como las figuras de un filme pasado lentamente.

Y, de repente:

—¿Estás a gusto, Edelman?

La voz salió a su espalda, o por lo menos eso creyó él. Se volvió enseguida, pero sus ojos siguieron viendo los grumos gaseosos que le rodeaban. Nada más.

—¿Dónde estás?

—Contigo.

Dio dos vueltas seguidas, miró hacia arriba, hacia abajo, por si lo tenía a sus pies. Nada. Más allá desde donde le alcanzaba la vista sólo había oscuridad y silencio.

—¿Estás jugando conmigo?

—No, Edelman. —La voz sonaba fría y serena, ahora posiblemente algo más grave—. ¿Crees que hay motivos para ello?

—No, pero…

—¿Es porque no me ves?

—Sí.

Edelman había quedado quieto y notaba que su corazón palpitaba con mucha más fuerza. Pensaba en el otro ser, en cómo podría ser para poder oírlo y no verlo.

—¿Cómo te llamas?

—Yo no tengo nombre.

—¿Estás solo?

—Sí, solo…

—¿Dónde?

—Aquí… Te conocí y pensé que la experiencia resultaría interesante. Es por eso que te traje hasta aquí.

—Luego, ¿afirmas que tú me has traído?

—Sí.

—¿Y mis amigos?

—Ellos están asustados, pero creen saber dónde estás en todo momento.

Por primera vez, Edelman tuvo ganas de reír. Si lo que oía era cierto, las caras de sus congéneres, sobre todo la de Scott, debían ser muy expresivas.

¿Y qué habrían pensado aquellos periodistas del Sistema al verle desintegrarse en su aparato? Lo comentarían con letras grandes en la primera página para que todo el mundo se olvidara de él en unos días, aunque bien pensado, nadie había desaparecido como él jamás.

—Espera, Edelman.

Dejó de pensar.

—¿Qué?

—No es lo que tú has pensado.

Se frunció el ceño del investigador y adoptó una postura recelosa. ¿Cómo sabía el otro lo que él había pensado y por qué no se había sincerado ya?

Antes de que preguntara nada oyó la respuesta:

—Edelman, tú quisiste hablar conmigo, saber de mí, pero no había otro camino que el que yo he elegido. ¿Lo comprendes? Por ello tuve que arriesgarme, pero puedo darte muchas explicaciones, aunque necesitas adaptarte a tu nueva situación.

—¿Cómo?

—Sí, estás en mi mundo… Y al mismo tiempo estás en el tuyo…

—¡Vaya!

—Te lo demostraré… Mira hacia abajo, concentra tu mente y deja que yo te guíe.

—Sí…

Edelman contestó con la voz velada por el asombro. ¿Un sueño o verdadera realidad?

Le dolió la cabeza, notó que hacía esfuerzos desesperados de concentración y abandonando todo recelo hacia el otro ser, confiándose en él de la forma más absoluta.

Luego sucedió algo maravilloso: las nubes que tenía a sus pies parecieron diluirse, transparentarse. Empezó a ver una claridad conocida para él: ¡los rayos del sol!

Sí, era luz… Sus ojos vieron una masa azulada como la superficie de un gran mar, y después un pequeño punto que se agrandaba vertiginosamente para convertirse en un islote solitario.

¡Era como si estuviera en un rápido avión de guerra y descendiera en picado!

Tuvo miedo. La sensación de caída se apoderó de él y creyó que iba a estrellarse sobre la tierra del islote. Pero no fue así. Las imágenes continuaron agrandándose, surgió un edificio cuyas paredes, de

pronto, desaparecieron y vio unos pasillos, unos habitáculos como los de su mundo.

¡Aquél era su mundo!

Bruscamente, dejó de bajar. Acababa de detenerse ante una de aquellas estancias blancas y bien iluminadas en la que había un lecho y en el mismo un hombre de espaldas.

Empero, no podía distinguir su rostro con claridad.

—¿Quién es? —preguntó con un hilo de voz.

—Tú.

—¿Yo?

Estaba, más que sorprendido, atónito. Aquella experiencia rebasaba todo cuanto él había podido imaginar, era superior a cualquier hipótesis, ¡era fantástico!

—Comprueba lo que antes te decía, Edelman… Ese cuerpo que ves ahí es el tuyo.

—Pero…

Se miró a sí mismo y no pudo evitar un estremecimiento, pues estaba en dos sitios a la vez. Se tocó los brazos, el pecho. Había dos Erwin Edelman.

—Es…, es maravilloso…

—Supuse que te asombraría, Erwin, pero la verdad es que todavía puedes descubrir cosas más interesantes.

—Parece increíble.

—Para ti sí. Yo estoy acostumbrado a ello, yo te lo explicaría… Es mi vida…

—Luego, ¿podías verme cuando yo recibía tus mensajes?

—Sí.

—¿Y por qué no me hablaste de otra manera?

—Era mejor así.

—Dios santo… Estoy aturdido… No sé cómo dar una explicación lógica a todo esto. ¿Cómo podré explicarles a mis colegas de mi mundo lo que tú me has enseñado? Cuando el Edelman que está ahí abajo vuelva en sí no sabrá… Bueno, no sé, pienso que en realidad el que no sabe nada soy yo…

Había empezado a hablar pero no tuvo otro remedio que detenerse porque comprendía que lo que estaba diciendo era una insensatez. Él era Erwin Edelman. Luego, ¿qué leyes regulaban la ciencia de su extraño amigo del espacio?

—Sí, de verdad necesito una buena aclaración —agregó.

—Y la tendrás. Sin embargo, no estás preparado para muchas cosas. Tu mente necesita un ejercicio consecutivo antes de que puedas comprenderlo todo.

»En caso contrario mi ayuda podría lastimarte, Edelman. Y yo sólo quiero ser tu amigo, ayudarte a conocer aspectos del cosmos que tú

has ignorado hasta ahora.

—Sí —contestó como un autómata.

No había esperado tanto. El sueño de cualquier científico estaba a punto de convertirse en realidad. Tragó saliva un par de veces y siguió mirando su «otro cuerpo». Luego, descubrió a Scott en la habitación contigua y se sorprendió.

—¡Scott! —exclamó.

—¿Qué te sorprende? —le preguntó la misma voz de su amigo.

—Él es un buen amigo. En la Luna tenía la misión de cuidar de mí y por lo que veo está preocupado. Seguro que habrá sufrido mucho con mi aparente «desgracia».

—Pronto se tranquilizará.

—¿No podría decirle algo? Estoy seguro de que sabría guardar un secreto hasta que… Bueno, hasta que pueda explicar todo esto.

—Sí, puedes hacerlo, pero sería mejor que esperaras un tiempo razonable. A fin de cuentas, a ese hombre no va a pasarle nada.

—Pero…

Fue a decir que no le gustaba hacer sufrir a nadie, que Scott no lo merecía y que sus jefes serían menos comprensivos con él. De repente se sintió más unido con Scott y se olvidó un poco de lo demás.

Y en una décima de segundo, Erwin Edelman volvió a pasar por otra experiencia desconocida, puesto que cuando pensaba y veía a Scott notó que éste se sobresaltaba inesperadamente y se volvía hacia la otra habitación.

—Eh, ¿qué le sucede? Scott…

No terminó la frase. Su interlocutor no decía nada, pero el policía espacial acababa de ponerse muy pálido y se había acercado tanto a la falsa pared que estaba pegado a ella.

Se sintió muy unido a él. Hubiera querido detenerle, acercársele y decirle que no se preocupara y que todo pasaría pronto.

Scott se volvió en redondo, miró a los dos centinelas como si algo le asustara y luego corrió hacia la puerta para salir y penetrar en la otra estancia a toda prisa.

—¡Scott! —llamó Edelman instintivamente.

El hombre, se detuvo como atolondrado, vaciló y acabó por acercarse al lecho donde el cuerpo de Erwin, el otro cuerpo, respiraba con aparente tranquilidad.

Scott estaba lívido, la sangre había huido de su rostro. Miraba absorto la cara del hombre a quien debía cuidar tanto o más que a su propia persona y no se movía.

—Siento que le haya pasado eso —dijo Erwin a media voz.

Y al tiempo que hablaba se volvió como si tras él se encontrara el otro ser, como si fuera como él y estuviera acompañándole en aquella fantástica experiencia.

A su espalda estaban las mismas nubes oscuras y frías. Esto lo serenó un tanto y lo hizo sentirse menos alegre.

—¿Qué ocurre, Edelman?

—Nada.

—¿Tienes miedo de algo?

—No. Lo que ocurre es que no estoy acostumbrado a hablar con alguien sin saber cómo es.

—¿Te gustaría verme?

—Sí.

—Lo harás, pero cuando estés preparado para ello. Recuerda lo que te dije antes.

—Sí.

—Bien, después charlaremos otra vez… ¿Te parece?

—Cuando quieras. Yo me siento muy bien.

—Mejor, Edelman. Hasta pronto.

—Hasta pronto…

Erwin levantó la mano derecha para saludarle y se dio cuenta de que era una tontería. Además, ¿acaso su amigo iba a tener las mismas costumbres de él? Era una mente superdesarrollada, una vida distinta a la suya.

Por primera vez desde que todo había empezado se sintió más contento y avanzó unos pasos por el lecho de vaporosas nubes que pisaba. Andar no le costaba el menor esfuerzo, era un hombre completamente feliz.

¿Y si hubiera muerto y estuviera en otro mundo?

No, aquello era una majadería. Se sentía vivo, absolutamente vivo.

Este pensamiento le torturó de repente. Ciertas bases de su vida anterior se resquebrajaban con su nuevo estado físico y mental.

¿Y Scott?

Ahora que estaba solo volvió a pensar en el policía y en el mal trago que estaba pasando por su culpa. El pobre Scott tenía motivos para enfadarse con él, era noble.

No se dio cuenta. Se ensimismó en Scott y sus pensamientos pudieron más que él. Súbitamente, Erwin Edelman se vio en la habitación en que estaban su otro cuerpo y el policía.

Intranquilo, como si estuviera ante alguien que pudiera acusarle de un acto deshonroso, se notaba avergonzado.

Se acercó al lecho y tocó una de las manos de su cuerpo. Estaba algo fría y no pudo contener sus deseos de apretarla con fuerza como si fuera la de una persona muy querida.

De pronto, oyó un gemido a su espalda. ¡Scott estaba frente a él, mirando el cuerpo con los ojos desorbitados!

Y fue entonces cuando Erwin se dio cuenta de que había vuelto a cometer un grave error. Scott debía de estar pensando que su cuerpo

se había movido.

—¡Profesor Edelman!

Erwin se apartó de un salto. Si no podía decirle la verdad, ¿por qué torturarlo?

Pero era demasiado tarde. El hombre pasó a su lado, casi rozándole y se inclinó sobre el cuerpo.

—Profesor, ¿me oye? —inquirió con las mandíbulas desencajadas por la emoción.

Edelman perdió la serenidad. Él no era un hombre violento ni acostumbrado a una vida azarosa. Todo cuanto le había preocupado eran sus estudios y al convivir con los demás lo hacía de lleno, sin preocuparse por delicadezas ni protocolos.

—Scott…, estoy aquí. Cálmese.

Cuando se hubo dado cuenta ya era demasiado tarde. Scott se volvió en todas direcciones, mucho más pálido que antes, miró a su alrededor como si estuviera en un lugar plagado de fantasmas y se pasó la lengua por los labios antes de volver a inclinarse sobre el cuerpo y poner sus manos sobre los hombros del mismo.

—Profesor…

Tomó un brazo del agente espacial y tiró de él con suavidad.

—Scott, escuche…

Era demasiado para el pobre hombre, el cual, de pronto, experimentó una fuerza desconocida tirando de él. Al quedar frente a donde estaba Edelman no vio nada y se estremeció. Unas gruesas gotas de sudor empezaban a perlar su frente.

—¿Qué me ocurre? ¿Dónde está, profesor?

—Aquí, Scott… Pero, por lo que más quiera, no se asuste usted y oiga lo que quiero decirle.

—¡No! —exclamó súbitamente el hombre, demudando el rostro en una mueca de espanto.

—Scott, no le sucede nada… Quiero tan sólo que no esté preocupado por mí.

—¡No, no puede ser! ¡No!

Retrocedió, tropezó con el lecho y a punto estuvo de caer al suelo mientras seguía avanzando hacia la pared. Al llegar allí vio cortado su camino y se pegó a la pared como si fuera su segunda piel.

—¿Por qué esa voz?… ¡Qué se detenga esa voz!

Edelman fue hacia él por instinto, intentando ayudarlo. Se colocó a su lado y procuró hablar en el tono más pacífico posible para que el otro se tranquilizara.

—Por favor, Scott, no está enfermo… No le sucede nada. Se tiene que hacer a la idea de que…

Antes de que pudiera acabar, Scott, temblando de pies a cabeza, como sacudido por una descarga furiosa, dio un poderoso salto y

corrió hacia la puerta.

Edelman se dio cuenta entonces de que la puerta se deslizaba a un lado y los dos centinelas de la otra habitación aparecían en el umbral mudos de asombro.

Miraron sorprendidos a Scott y dudaron. Pero el hombre corría hacia ellos y lo que hizo fue intentar derribarlos para poder salir de allí cuanto antes. Los dos energúmenos le cerraron el paso y Scott quedó aprisionado entre ellos.

—¡Déjeme salir! —gritó.

—No lo dejes, Butcher, está loco —dijo uno de ellos, al tiempo que atrapaba uno de los brazos de Scott y le hacía una llave de inmovilización.

—¡Ha sufrido un ataque!

Entre ambos consiguieron detenerlo y lo apartaron de la puerta. Había sonado un silbido agudo e intermitente por el pasillo y varias personas más se acercaron a ver lo que sucedía.

Como una estatua, Edelman observaba la escena. Su sorpresa era tan grande que se sintió anonadado. ¿Por qué Scott no le había hecho caso, por qué había huido de él como si fuera un apestado?

Se creyó solo, el hombre más solo del mundo…

# Capítulo IV

DESILUSIONADO, lamentando profundamente la reacción de Scott, Erwin se volvió de espaldas a la puerta y se preguntó el porqué de la incomprensión ajena. En aquel instante, se olvidó de algunas cosas, entre ellas que su estado era incomprensible para la inmensa mayoría de los congéneres. Pero él no se dio cuenta. De pronto, se había convertido en un hombre privilegiado que podía estar en dos sitios a la vez y ver sin que nadie pudiera verle.

Asombroso, verdaderamente asombroso, aunque también con graves inconvenientes. Pensó que cuando su amigo del espacio y él se separaran habría aprendido cosas inimaginables para sus colegas científicos.

¿El hombre más inteligente del mundo?

Algo parecido a eso. Podría ver a los demás sin ser visto, estudiarlos, conocer sus reacciones. ¿Cómo responderían al enterarse? Porque una cosa estaba bien clara: él sería incapaz de sacar partido sólo para sí mismo de lo que había averiguado. Compartiría su secreto con los otros científicos para el bien común.

Erwin Edelman era todo lo contrario de un ser egoísta y avaricioso. Apenas acababa de ver salir a Scott presa de un ataque de histeria cuando volvió a recapacitar sobre el proyecto de dar a conocer al mundo lo que había sucedido.

¿A quién dirigirse? ¿Quién era la persona adecuada para que le creyera y le ayudara?

De pronto, notó que apenas tenía relaciones. Sí, le conocían algunos investigadores pero muy superficialmente, sin que nunca hubiera intimado con ellos. Sus ayudantes de la Luna estaban demasiado lejos y, además, no podían verle.

Se le presentó un verdadero problema. Tendría que hablar con su amigo del cosmos y tal vez él le diera una ayuda.

Vio su cuerpo tendido en el lecho. Era grotesco, como si se viera en un espejo sin que la imagen reflejada en el mismo correspondiera a la realidad.

Le repitió la extraña sensación de soledad. Después de permanecer unos minutos con la cabeza apoyada en la pared llegó a sentir ira, cosa impropia en él.

Sí, estaba furioso contra los demás, contra la incomprensión de las gentes hacia todo aquello que sus mentes no alcanzaban a entender. Se reirían de él. Posiblemente lo encerraran en aquel hospital para toda la vida considerándolo loco.

Scott le conocía… Scott había sido un buen amigo y era la única persona que le atendería en todo momento a pesar del susto que había recibido momentos antes.

Sin lugar a dudas, Scott era la persona en la que debía confiar para que su aventura lograra los frutos apetecidos.

Levantó la cabeza más esperanzado y, de súbito, sus ojos se fijaron en el amplio ventanal, en la hermosa playa que había a los pies del edificio y las personas que se bañaban plácidamente, ajenas a cualquier problema.

Afuera había vida, una vida que él apenas conocía y que de repente se le antojó hermosa.

Pero había más… Sí, a la izquierda, a unos cien metros de la orilla del mar, había un grupo de rocas que cortaban la arena de la playa y que unían a ésta con los frondosos árboles de la isla.

Y en esas rocas, como si flotara en su misma dimensión, una sombra grácil y bella saltaba de piedra en piedra como si el cuerpo no pesara, como si tuviera los mismos dones que él.

Se sintió interesado, su mente corrió hacia la figura que se deslizaba por las rocas con el humano deseo de querer saber, de conocer mejor lo que tenía a su alrededor.

Y tal y como le había sucedido antes, Erwin se vio alejándose de la habitación. Casi no sabía si las imágenes se agrandaban a sus ojos o era él quien corría por la «nada» como un ángel sin alas.

Antes de que pudiera pensar profundamente en ello se vio ante las rocas, ascendiendo por sus cantos mediante pequeños y ligeros impulsos.

La figura se amplió, sus formas se acentuaron considerablemente y Erwin, sorprendido, se dio cuenta de que era una mujer, una muchacha joven y rubia cuyos largos cabellos flotaban con la brisa del mar como las velas de un barco sin rumbo que se abandonara a los destinos desconocidos, sin miedo.

Era hermosa. Había conocido pocas mujeres, pero comprendió que era la más bella de cuantas había visto. Su atuendo era extraño también: vestía con tules de azul muy claro, vaporosos. Su rostro, ovalado y perfecto, esbozaba una sonrisa entre enigmática y complaciente, como si adivinara lo que le sucedía y le compadeciera a él.

¿Quién era? ¿Por qué era tan distinta de los demás y por qué estaba sola en las rocas?

Erwin se detuvo al saberse a su lado y entonces comprendió que había corrido demasiado. ¿Quién era él para entrometerse en la vida de aquella joven?

Algo azorado, se detuvo de repente.

Ella le miró con unos ojos azules, preciosos. Su sonrisa se hizo más profunda y le saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Hola —dijo Erwin, nervioso.

—Hola —respondió ella sin detenerse, saltando de piedra en piedra

como si la ley de la gravedad no tuviera efectos sobre su ágil cuerpo.

Edelman volvió a titubear. Comprendía las razones de que le hubiera llamado la atención de tal manera, pero ahora que estaba delante de ella no sabía qué decir.

Sin embargo, no hizo falta que lo hiciera. Al parecer, la muchacha estaba dispuesta a ayudarle porque fue ella la que rompió el molesto mutismo diciendo:

—¿No quieres bailar?

Erwin carraspeó. ¡Cualquier cosa menos bailar! ¡Ni siquiera lo había intentado una sola vez!

—Yo… Pues…

—¿Qué te ocurre? —inquirióle ella.

—Nada…, es que…

—Esta isla es muy bonita. ¿Acaso no la conoces? ¿Eres nuevo en Ataru?

—Sí, hace poco que he llegado.

—Entonces lo comprendo. A mí también me pasaba lo mismo, hasta que comprendí que éste es un lugar maravilloso. Yo no quisiera dejarlo nunca, nunca jamás.

Al hablar así se volvió hacia los árboles con los brazos abiertos, respirando con fuerza para llenar sus pulmones de aire fresco y gozando de la naturaleza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Edelman. Erwin Edelman.

—¿Ingeniero espacial?

—No, científico.

—Es de suponer… Aquí sólo venimos los muy importantes para el progreso y me parece estar ante un verdadero genio.

»¿O me equivoco, Erwin?

—Bueno, no sabría explicarlo… Es que…

Se calló. La miró con más atención, pero observó que ella no había abandonado su sonrisa, una sonrisa que invitaba al olvido, que hacía a uno sentirse más tranquilo. Aquella muchacha era una fiel representación de la paz y el sosiego.

Poco a poco, los recelos de Edelman se fueron dilatando y empezó a sentirse más cómodo en presencia de la joven. Además, su belleza era seductora.

—¿Cómo te llamas tú? —le preguntó.

—Raissa. ¿Te gusta?

—Sí.

—Gracias, Erwin… ¿Por qué no te sientas? Oscurecerá dentro de una hora y desde aquí se puede contemplar una puesta de sol verdaderamente bella.

»¿No habías estado en la antigua Polinesia?

—No, estudié en la Universidad Científica del Primer Continente y ya sólo viajé hasta la Luna cuando me concedieron un laboratorio para mis experimentos.

—Vaya, no me equivoqué antes. Eso demuestra que eres una mente prodigio.

—¿Y tú?

—Yo no llegué tan lejos. Trabajaba en un grupo científico de la XII Fuerza Experimental.

La había oído. Era un grupo que trabajaba con el átomo especializándose en él de tal manera que en poco tiempo habían descubierto más de una docena de elementos, aunque corrían graves riesgos con la radioactividad.

Ésa debía ser la razón por la que la muchacha estaba allí. Debió sufrir un accidente.

¿Qué clase de accidente? Físicamente no daba la impresión de estar herida.

No se atrevió a preguntarle nada al respecto y la miró con marcado interés. Su expresión era dulce, serena. Erwin empezó a sentirse más tranquilo, su presencia le infundía un sosiego inesperado. ¿Y quién le decía a él que no iba a ser aquella joven la persona que él necesitaba, el ser en quien confiar?

—¿Hace mucho que estás aquí, Raissa?

—Tres meses, pero no quiero marcharme aunque me obligarán a ello. Pero vendré a una de estas islas cuando pueda. Me he enamorado de ellas, Erwin.

—Sí, subyugan —contestó él, mirando el ancho y quieto mar.

Oscurecería pronto. El sol se acercaba ya a la lejana raya del horizonte y cuando se escondiera tras ella serían testigos de su ocaso.

De pronto, Raissa se le acercó y riendo le tomó de un brazo. Erwin se sorprendió, la miró y fue a decir algo, pero ella se le adelantó y sacándolo de allí dijo:

—¡Vamos a tomar un baño!

—Yo…

—¡Ven conmigo!

Erwin no puso más objeciones, se dejó llevar y descendieron de las rocas con la misma facilidad con que había subido hasta la más alta de ellas.

Llegaron a la playa, los bañistas de antes habían desaparecido y tuvo la sensación de hallarse en un paraíso ignoto, perdido en otro mundo lejano.

Entraron en el agua cogidos de la mano. Raissa reía alegre y jugaba con las pequeñas olas del atardecer. Cualquiera que los hubiera visto habría pensado que eran dos enamorados.

Erwin Edelman no pensaba en ello, sólo disfrutaba de aquellos

instantes de paz que su organismo tanto necesitaba. Olvidó sus problemas, su incierto futuro y su sorprendente pasado.

Raissa estaba allí, personificando la vida y lo bello. Y a fin de cuentas, ¿no era él un hombre como los demás?

* * *

—Scott…, cálmese… Scott, no se asuste…

La voz, algo más opaca, salía por la ranura de una de las computadoras que, guiadas por un cerebro electrónico central, ayudaban a la seguridad y mantenimiento del hospital.

Pero la voz era real, ¡terriblemente real!

Al oírla, Scott sintió un estremecimiento y se pasó la lengua por los labios. Durante más de media hora, desde que le dieron el sedante, había estado diciendo lo mismo: negando que la llamada de Erwin Edelman fuera una ilusión suya.

Pero gracias a la ciencia se podía demostrar que estaba en lo cierto, que Edelman se había dirigido a él.

Prager, dos centinelas de seguridad y los médicos que les acompañaban estaban pálidos como muertos. Por un pequeño proyector visual podían ver con toda perfección la habitación y el lecho de Edelman, mientras escuchaban lo que la computadora había registrado.

Edelman no se movía. De no latirle el corazón hubiera parecido un cadáver como los demás. ¿Cómo pues explicar aquellas voces que ahora estaban oyendo? Estupefactos, los científicos miraban la cámara y el rostro de Scott una y otra vez.

Quedaba demostrado que Erwin lo había llamado, que había intentado hablar con él.

—No lo entiendo… No logro comprenderlo —decía Scott pasándose la mano por la frente.

Sudaba como nunca lo había hecho. Estaba sentado y sentía su cuerpo estremecerse, presa de una confusión y un pánico atroz.

—Todo tiene una explicación, Scott —dijo Prager intentando hallar la solución de aquel enigma.

—Ahora es distinto.

—Edelman ha debido hablar en sueños. No olvide que está inconsciente, pero no muerto.

Scott denegó con la cabeza.

—Todos han oído lo que dijo y yo estaba allí… No, ésa no es la forma de hablar en sueños. Edelman podía verme como si no tuviera nada, sólo que yo no podía verlo a él.

»Ésa es la explicación. Quiso decirme algo y yo me asusté. ¿Qué hubieran hecho ustedes en mi lugar?

—Lo mismo, Scott. Sin embargo, si damos por válida esa suposición, se nos presentan una serie de incógnitas muy difíciles de resolver. No olvide que ningún mortal puede hacer lo que usted afirma.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—¿Recuerdan el experimento? Yo estuve con Edelman en la Luna durante más de dos años y le conozco bien. Él sabía lo que hacía, cuando la prueba final sabía que podían sucederle muchas cosas… Es…, como si él ya hubiera estado fuera del Sistema.

Varios científicos, entre ellos Prager, se pusieron en pie de un salto. Lo dicho por Scott era demasiado grave.

—¿No lo dirá en serio?

—Completamente en serio, doctor Prager. Cada vez estoy más convencido de que el profesor Edelman vale más de lo que parecía.

—¿Y por qué entonces no nos lo comunicó a nosotros? Tampoco somos tan tontos.

—No, no es eso… Él sabía que podían escucharle y creerle, pero que no lo harían hasta que lo hubiera demostrado. Intentaba buscar unos conocimientos profundos en otros mundos para mejorar el nuestro, que tiene bastante que desear.

—¿Y cree que lo consiguió?

—Posiblemente.

Prager fue a contestar y no lo hizo. A los demás les sucedió lo mismo. Claro que podían hablar, decir lo primero que se les viniera a la mente, pero no solucionarían nada; al contrario, el tema se hacía más escabroso por momentos.

¿Debían admitir que era un fallo de la computadora o que Erwin Edelman había viajado a una velocidad desconocida para penetrar en otro mundo y luego sufrir una mutación que lo hacía diferente a los demás?

—Hay que calmarse —fue todo lo que se le ocurrió a Prager en momento tan delicado.

—Sí, estoy de acuerdo en que debemos obrar con cautela. Edelman puede estar en apuros.

—O nosotros, Scott.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que Edelman no…, bueno, no nos ha dicho nada. Si es cierto lo que usted supone, ¿por qué no se ha puesto en contacto con nosotros para demostrarnos la verdad?

—Pero…

—Es así, Scott, reconózcalo. O nos estamos volviendo locos o

Edelman no quiere que nosotros sepamos toda la verdad.

Scott abrió mucho la boca. Los miró a todos y en sus rostros vio que estaban de acuerdo con Prager. Sí, de repente sucedía como si su miedo anterior hubiera cambiado de alojamiento introduciéndose en ellos. De repente, aquellos hombres sesudos y pensadores tenían miedo.

—Un momento… ¡Edelman es un hombre honrado!

—¡Es cierto!… ¡Edelman no perjudicaría a nadie!

—Pues dígale que queremos hablar con él. A ninguno de nosotros nos gustan estos misterios, Scott. Y piense en lo que pasaría si la noticia sale de aquí y la conoce todo el mundo.

—Es que…

Prager hizo un gesto ambiguo con las manos y se apoyó en la silla donde había estado sentado.

—Hemos de tomar otras medidas, Scott.

—Sí —admitió el policía espacial.

—No sé cómo, pero la situación ha cambiado bastante y es preciso que la dominemos cuanto antes. A partir de ahora este centro estará en alarma constante y una doble guardia vigilará la habitación de Erwin Edelman.

»Y usted, Scott, si el profesor vuelve a hablarle procure dominarse. Es preciso que se entienda con él.

—Sí.

—De todos modos, notificaré lo sucedido ahora mismo por si sucediera algo más grave.

Scott asintió con la cabeza. Su carrera estaba arruinada automáticamente, lo sabía. Cerró los ojos y no tuvo otro remedio que admitir cuanto el jefe de Ataru decía.

Prager, consciente de su deber y su responsabilidad hacia aquel centro y cuanto sucediera allí, prosiguió:

—No sabemos lo que puede haberle ocurrido al profesor. De hallarse en estado normal creería en cuanto el señor Scott está diciendo en favor de Edelman. Sin embargo, cabe la posibilidad de una mutación que altere los órganos psíquicos de Edelman. Ése es un riesgo que todos los hombres de ciencia corren cuando experimentan con lo desconocido.

»Preferiría que no fuera éste el caso del profesor Edelman, pero debemos pensar en ello y prevenirnos.

»Tal vez… Bueno, no me gusta decirlo, pero es posible que sea un peligro para la Humanidad y haya que destruirlo.

»¿Han comprendido?

Todos respondieron afirmativamente, incluyendo a Scott. Sí, cuando Edelman le hablaba ya dejaba entrever esta posibilidad. Empero, no dejaba de ser una ironía que tuvieran que verse obligados

a destruir lo que tanto podía interesarles.

—Nada más, excepto que me informen inmediatamente de cualquier novedad.

Se pusieron en pie. Más que una reunión de hombres de ciencia parecía la cita de los oficiales de un puesto de mando en tiempos de guerra. Y, en verdad, que ninguno podía engañarse: ¡El riesgo de una guerra sórdida y extraña los preocupaba a todos!

Y el enemigo, mientras éste no demostrara lo contrario, se trataba de Erwin Edelman, un hombre pacífico, luchador por el bien común que de repente se había convertido en algo peligroso que asustaba a los seres de su misma raza. Mientras el hombre no pueda llegar al final del camino, mientras quede un solo lugar del espacio y de su alma sin recorrer y dominar, este miedo, esta psicosis colectiva de terror perdurará.

Scott, más apesadumbrado, salió de la estancia y dejó que los doctores le adelantaran y fueran a ocupar sus puestos. Todos tenían una misión específica en la isla, menos él. Su misión era cuidar de Erwin Edelman, o destruirlo.

Lo comprendía muy bien. Por eso mismo, andando con los hombros hundidos y la mirada baja, caminó hasta uno de los sótanos del centro y allí se procuró una pistola autónoma.

Luego, fue a la habitación de Edelman. Los dos centinelas se habían duplicado y todos estaban armados. Los miró aunque no dijo una sola palabra.

Después, se colocó frente a la pared transparente y clavó la mirada en el cuerpo de Edelman.

¿Y si todo fuera un error, una pesadilla suya?

Parpadeó, volvió a mirar. No, Edelman estaba allí y la presencia de los cuatro guardianes era inconfundible.

El peligro era palpable, incluso mucho más real de lo que él mismo podía imaginar.

# Capítulo V

EL agua le pareció maravillosa. ¿Cuánto tiempo hacía que no se bañaba en el mar? Lo había olvidado, aunque creía recordar que en sus tiempos de estudiante llegó a rozar algunas marcas importantes. Fue como si presente, pasado y futuro se unieran dentro de él para hacerle sentir el maravilloso contacto de la vida.

Braceó con todas sus fuerzas hasta distanciarse unos cien metros de la orilla. Raissa le seguía algo rezagada intentando que la distancia que los separaba no aumentase. Viéndola esforzarse, Edelman se sintió superior, más fuerte.

—¡Nada mucho, Erwin!

—No…, un poco…

—No puedo más… No sé si podría volver…

—Yo te ayudaré.

Dio la vuelta con una rápida zambullida y la asió por el hombro izquierdo. Luego, nadando de espaldas emprendió el regreso a la playa. El ejercicio le estaba sentando muy bien, fantásticamente bien.

—¿Te sientes bien, Erwin?

—Perfectamente.

—Parecías muy tímido, pero eres un atleta…

—Ahora veo que no debí dejar de practicar el deporte. He estado demasiado ocupado durante estos últimos años.

—Descansa, Erwin.

Se detuvieron manteniéndose entre dos aguas, frente a frente. Con el rostro perlado por gotas de agua y el rubor del esfuerzo, Raissa estaba más hermosa todavía.

Erwin la miraba cada vez más y apartar los ojos de la muchacha empezaba a ser un esfuerzo demasiado grande para él.

—Raissa —murmuró.

—Dime…

—Eres preciosa.

—Gracias —contestó ella con una amplia sonrisa.

Siguiendo la metamorfosis que en su interior se operaba, Edelman se dejó llevar por sus ansias de vivir, de libertad. Respiró hondo, la atrapó por la cintura y movió el otro brazo hasta que llegaron a la playa.

Sólo entonces se dio cuenta de que había hecho un esfuerzo desacostumbrado. Se dejó caer sobre la arena, al lado de Raissa, y jadeó con fatiga.

—¡Vaya, me he cansado!

—Yo también, Erwin…

Se miraron los dos. Ella mantenía en sus labios aquella sonrisa de eterna felicidad que a él lo subyugaba. Luego, de repente, deseándolo

ambos, se abrazaron y se besaron en los labios.

Erwin no pudo definir, fue como si de repente hubiera cruzado las puertas del Edén.

Cuando menos recordaba su experiencia y menos pensaba en el mundo que los rodeaba, sus sentidos auditivos se alarmaron dentro de su organismo. Se sobresaltó y se separó de Raissa al tiempo que levantaba la cabeza para mirar hacia el centro.

Vio dos pares de piernas. Los pies eran grandes, pesados, pues se hundían bastante en la húmeda arena. Luego, al continuar levantando la cabeza, Erwin descubrió dos rudos corpachones y las caras de dos hombres que le eran completamente desconocidos.

Se azoró. La postura en que los habían encontrado no era muy normal.

—¡Erwin! —oyó que exclamaba Raissa a su lado.

Se volvió y la vio tremendamente pálida, asustada. Estaba temblando y se había llevado las manos al rostro como si aquellos hombres fueran unos malvados.

Pero eso no podía ser en Ataru, donde sólo había enfermos y personal médico.

—¿Qué te ocurre, Raissa?

—¡Esos hombres, Erwin…! ¡Son malos!

—¿Malos?

Confuso, Erwin se volvió ahora hacia los dos hombres y se fijó un poco más en sus rostros: eran fieros, poco amigables.

—Levántala tú —dijo uno de ellos a su compañero.

El otro movió una pierna y dio un paso hacia donde estaba la muchacha, pero Raissa se apartó con toda rapidez y lo rehuyó:

—¡No! —gritó.

Erwin sintió que la sangre le hervía en las venas. Ver sufrir a la joven era peor que si le destrozaran las entrañas. De repente, ella era lo que más le importaba en el mundo.

—¡Un momento! —dijo con voz fuerte.

No pensaba. Era el Erwin que prácticamente había estado dormido durante toda su vida. Dejaba el pensamiento a un lado y se apoyaba únicamente en la razón y en sí mismo.

—¡No me dejes, Erwin, quieren hacerme daño!

—Claro, Raissa… Cálmate, yo me entenderé con estos señores.

—No hay nada que hablar, idiota —contestó el que antes había hablado. Y tras hacer una desagradable mueca con los labios agregó —: Tenemos que llevárnosla y lo haremos.

Erwin apretó los puños y se colocó delante de Raissa. No pensó en que tales peleas habían pasado a la historia, que ahora la gente no se golpeaba como antes y que un juez estaba siempre dispuesto para solventar cualquier discusión.

Lo importante para él era que aquellos dos energúmenos de feo aspecto querían llevar a Raissa contra su voluntad y que ésta le había pedido ayuda. Y también en que se había enamorado de ella de pies a cabeza.

Pero los otros también dieron la impresión de haber perdido los buenos modales.

El que hablaba torció el gesto y le dio un inesperado empellón que obligó a Erwin a saltar hacia atrás, para luego inclinarse sobre Raissa y levantarla en vilo. Tenía unas manazas imponentes, brutales.

Erwin se dejó llevar por la furia y fue como si le vendaran los ojos y le anegaran el raciocinio. De pronto, tras tomar un corto impulso, se abalanzó sobre el desconocido y le incrustó la cabeza en el estómago.

El otro aulló, soltó a Raissa y retrocedió unos pasos, hasta que tropezó y cayó de espaldas en la arena de la playa.

Edelman abrió bien los ojos. El golpe pareció refrescarle la memoria y vio lo que había hecho. El tipo estaba en el suelo, mirándole a él como si no creyera lo que había pasado.

Y, de pronto:

—¡Cuidado, Erwin!

El aviso llegó justo a tiempo para que se hiciera a un lado y el puño del otro hombre no se topara con su mentón, lo que hubiera sido lamentable para él.

—¡Pégale, Seth! ¡Hay que llevarse a la chica! —oyó que rugía el que estaba en el suelo.

¡Intentaban raptar a Raissa!

En su cerebro no quedó ninguna duda. Ignoraba el motivo, pero querían lastimar a Raissa y él no estaba dispuesto a permitirlo. Bruscamente sus más fieros instintos se agigantaron en él. Vio que para salvarla a ella tenía que destruir y lo intentó.

Fue contra el que estaba en pie, el que había querido pegarle el puñetazo.

A pesar de que era mucho más alto que él logró hacerle encajar dos rápidos directos a la mandíbula, que el otro acusó echando la cabeza hacia atrás cada vez que recibía uno de los golpes.

Pero el otro no cayó al suelo como le había sucedido al primero, que ahora se ponía en pie. No, en lugar de ello, soportó los golpes y aprovechando el intervalo de los mismos levantó la mano derecha.

Erwin apenas se dio cuenta. Repentinamente, vio ante sus ojos algo muy grande, que se acercaba a él como la proa de una nave cósmica y que nada parecía poder detenerlo.

Quiso echar la cabeza a un lado y, de repente, todo estalló en su cabeza. El cráneo dio la impresión de partirse en pedazos tan pequeños como microscópicas partículas y perdió la estabilidad.

Cuando pudo abrir los ojos ya notaba que unas manos lo tomaban

por las axilas y lo izaban. Después, alguien le pegó con el dorso de la mano en la mejilla izquierda y vio el rostro de uno de los dos hombres que reía sádicamente.

—Pégale, Seth.

Y le pegó. Primero en el estómago, luego en el pecho y más tarde varias veces seguidas en la cara.

Erwin tuvo un estremecimiento y notó que se le doblaban las rodillas sin que por más que lo intentara pudiera mantenerse en pie y lograr desasirse de los brazos del otro hombre.

—¡Erwin!

Era Raissa que gritaba. Lo llamaba, estaba en peligro y necesitaba de él.

—¡Por favor, Erwin…!

Alargó los brazos porque notaba que la voz de la muchacha estaba cada vez más distante y tropezó con la arena. Había caído de bruces sobre la playa, su cuerpo se había vuelto tan pesado que mover un dedo significaba un esfuerzo imposible.

Vio tres sombras confusas. Raissa era un de ellas y se agitaba volviéndose hacia él y llamándolo.

—¡Erwin! ¡Erwin!

Sus gritos se apagaron lentamente, demasiado lentamente. Su nombre y la voz de Raissa se clavaron en la mente de Edelman como alfileres candentes.

Pero el dolor, más que físico, era moral. Él había sido incapaz de ayudarla, de salvarla. Dos hombres se habían burlado de él para hacerle daño a lo más hermoso que había encontrado en su vida: Raissa.

Pensó en sus poderes anormales, en aquella facultad de viajar hacia donde su mente se lo proponía.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? Había sido un estúpido. ¡Él era superior, podía alcanzarlos con sólo desearlo!

De pronto, el dolor desapareció, una fuerza poderosa llenó su cuerpo y su mente y fue como si cobrara alas y nueva vida. Sus ojos recobraron la luz y los vio.

Estaban de espaldas, frente a él. La distancia que los separaba no debía ser superior a los cincuenta metros, que, una décima de segundo, él podía recorrer.

Así lo hizo. De súbito se vio tras ellos y con un vigor increíble. El de la derecha era el que le había pegado antes. Juntó las dos manos y le dio con el borde de las mismas en un costado. El individuo soltó a Raissa, lanzó un gemido de dolor y después salió despedido a un lado como impelido por un golpe brutal.

Y así había sido, aunque Erwin no pensara en ello. Ahora estaba como loco, sólo salvar a la muchacha y devolver los golpes que había

recibido sin causa justificada.

El primero levantó los pies del suelo y fue a caer un par de metros más adelante. El otro puso cara de espanto, se giró sorprendido y pretendió tumbarlo de un puñetazo.

Cuando su puño llegó al lugar donde había de estar la cara de Erwin ésta había desaparecido. Su agilidad era más que centelleante, es que en realidad era como si estuviera en todos los sitios a la vez.

Su adversario protestó a media voz y persistió en su empeño, pero entonces empezó a recibir golpes, que le llovieron de todas partes como gotas de agua.

Primero tres ganchos consecutivos en la boca del estómago; luego dos directos al mentón que lo hicieron tambalearse y poner los ojos en blanco. Y más tarde, ciego por la furia y con el adversario tambaleándose medio inconsciente, Erwin lanzó su puño hacia su frente.

Apenas se apercibió del impacto, notó un ligero roce en los nudillos y un ruido sordo, como hueco.

Las piernas del individuo se plegaron repentinamente y cayó a plomo, sangrando por la boca.

¡Sangre!

—¡Erwin!

El grito de la muchacha lo distrajo. Al ver la sangre recibió como un golpe en la cabeza y había dado un paso hacia atrás. La sangre salía por las comisuras de los labios del caído y poco a poco iba manchando su piel y sus ropas.

Se le antojó algo muy malo y, a la vez, incapaz de detenerla. Mirándolo aterrado abrazó a Raissa cuando ésta llegó junto a él; lo hizo con fuerza, desesperado.

—¿Estás bien?

—Sí… Querían…

—No importa ya, cariño… Ya no te harán daño…

—No, Erwin…

—Vámonos de aquí.

La empujó. La sangre seguía manando como los bordes de un río turbulento. ¿Por qué no paraba ya? Aquel hombre acabaría muriendo si sangraba de aquella manera.

—¿Adónde vamos, Erwin? —le preguntó Raissa, que se apretaba a él con todas sus fuerzas.

—No sé, pero tampoco importa… Vamos…

Dio dos pasos más. Ansiaba salir de allí, dejar de ver la sangre y olvidar. Pero daba la impresión de que sus pies estuvieran clavados en el suelo. Cuanto más lo intentaba, más difícil se le hacía. Si el hombre se hubiera movido…

—¿Qué ocurre, Erwin? Volverán en sí pronto y…

—Espera.

La soltó y caminó hacia delante.

—¡Erwin, ven! —le gritó ella.

Sin embargo, no obedeció. Quería saber cómo estaba aquel desconocido a quien había pegado, porque un extraño pensamiento cruzaba su mente martirizándolo.

Lo tocó, le tomó una muñeca y el contacto lo hizo estremecer. ¡Era la mano de un muerto!

—Vamos, Erwin…

—Raissa, espera… Está muerto.

La joven no respondió enseguida. Y su silencio le pareció a Erwin mucho más lúgubre todavía. Se volvió y vio que ella se había llevado las manos a la cara para tapársela.

—No pensé que…

—¡Muerto!

—Sí, Raissa. Yo solamente quise defenderme, pero…

—¡Está muerto! —agregó ella.

El impacto había sido terrible. Quiso estrecharla entre sus brazos y Raissa se apartó de él muy asustada.

—No —dijo.

—Tú has sido testigo.

—Lo has matado, Erwin… ¡Te has matado a ti mismo!

—Pero ¿qué dices? Se lo explicaré a Scott, él comprenderá que fue un accidente, que no quería otra cosa que salvarte a ti, y él lo solucionará.

—No, Erwin, ya no.

—¿Por qué?

—Has matado. ¿No lo comprendes? Has cortado una vida…, ya no tiene solución.

—Pero escucha, Raissa…

—No, Erwin, no… Confié en ti, creí que no te sucedería y, sin embargo, has matado.

»Eres malo, Erwin. Eres completamente igual que los demás.

—Pero… —repitió él.

—Adiós, Erwin.

—¡Espera, Raissa!

Era inútil. Alargó las manos, intentó detenerla para hacerle comprender la verdad. De acuerdo que la violencia era un acto ruin que los hombres ya no practicaban, pero él se había defendido, la había defendido a ella de unos rufianes.

—¡No soy un asesino, Raissa! —exclamó con toda la fuerza de sus pulmones.

Empero, ella no volvió la cabeza. De espaldas, alejándose muy deprisa, Erwin la vio perderse en la oscuridad del atardecer como un

sueño imposible de alcanzar.

Abatido, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y volvió a pensar en los dos cuerpos que había a su lado; uno de ellos era un cadáver que poco a poco se enfriaba.

¡Y entonces algo desconocido para él estalló en la isla! ¡Súbitamente, la noche pareció convertirse en día, pues cientos de luces parpadearon a su alrededor mientras un sonido pertinaz y agudo se extendía por el aire!

Las puertas del edificio—hospital se abrieron con brusquedad, grupos de hombres armados salieron de ellas y empezaron a correr hacia donde él se encontraba.

En un principio no se movió; paralizado como una estatua, dejó que se aproximaran, pues les explicaría lo sucedido y ellos sabrían comprender que había sido un acto involuntario.

Los vio venir, corrían como desesperados. Esto le asustó un tanto y dio un paso atrás.

—¡Es Edelman! —gritó uno de ellos.

Y otro le respondió:

—¡Es peligroso, hay que atraparlo!

¿Atraparlo? Hablaban en un tono que estuvo muy lejos de tranquilizarle. De repente, era como si todo el mundo se hubiera convertido en enemigo suyo, ¡o como si él fuera peligroso para todos!

Les dio la espalda. Ante él, a unos doscientos metros, tenía el lindero del bosque por el que había desaparecido Raissa, en su inesperada huida.

—¡Atrapadle!

—¡Tened las armas preparadas!

Los últimos gritos lo sacaron de dudas. Erwin Edelman sintió de pronto una orden imperiosa en su organismo, en su sentido de conservación, y echó a correr.

—¡Disparad!

Querían matarlo. No comprendía absolutamente nada, excepto que querían hacerle daño.

Alguien disparó a su espalda. Oyó un penetrante silbido y muy cerca de él la arena formó un violento remolino al recibir la onda que podía matarle.

Corrió todavía más. Los disparos empezaban a incrementarse y empezó a sentir una sensación de ahogo, de profundo terror. Se vio en una situación por la que no había pasado jamás. Una jauría humana se lanzaba tras él como si fuera una hiena o algo mucho peor.

¿Lo sería?

Había matado a un hombre, era un ser con poderes nada normales a quien todos temerían. Pero ¿cómo lo sabían ellos, por qué de repente todo había cambiado?

Entonces, en el instante en que se vio acorralado, pensó en algo que le dejó atónito: Raissa, le había visto, también los dos hombres uno de los cuales estaba muerto y ahora aquellos guardianes de Ataru que corrían tras él.

Pero él había matado a un hombre con fuerzas que nunca había tenido y también se vio a sí mismo tumbado en el lecho de su habitación, había hablado con aquel ser del espacio.

Pensó que no, que había sido un sueño, que Raissa también formó parte de él.

¡La verdad es que se había vuelto loco y, en un ataque de demencia había abandonado la cama del hospital, para luego matar a uno de los enfermeros que andaban por la playa!

Sí, ésta era la realidad. Además, ahora se daba cuenta de que no podía escapar con los poderes que había creído tener. Se veía obligado a usar las piernas y era un esfuerzo muy grande: estaba sudando a chorros y se sentía en el borde de sus fuerzas.

¡Demente y asesino!

La idea lo aturdió. Miles de reproches sonaban en su cerebro acusándolo. Se vio perdido, avergonzado ante los demás seres humanos.

Y este sentido de culpabilidad fue el que le hizo huir con mucho más vigor hasta que penetró en la hojarasca del bosque y se vio obligado a apoyarse en un árbol.

A su espalda, los gritos continuaban; varios hombres estaban a punto de darle alcance, podía ver sus rostros desencajados por el esfuerzo y los deseos de atraparlo.

La tierra giró, pareció flotar, hundirse en un abismo que no tenía fin.

# Capítulo VI

—HA desaparecido… ¿Lo han visto ustedes?

A la pregunta del guardián, Scott respondió con un movimiento afirmativo. Sí, lo había visto.

—No hay duda de que ese hombre está loco.

—Eso parece.

—¡Lo está! ¿No se ha fijado en el cadáver de Seth?

—No.

—Pues véalo, lo ha destrozado… Eso sólo puede hacerlo un hombre que está loco. Son golpes de demente.

Varias personas, entre ellas Prager, se acercaban en aquel momento. Llegaron junto al policía y se detuvieron lívidos de asombro.

—¿Qué ha pasado, Scott?

—Pues… Al parecer, Edelman ha matado a uno de sus hombres. Lo que no logro comprender es cómo pudo hacerlo. Eran dos y ambos con mucha más fuerza que él.

—Lo presentí, Scott. Tuve el pensamiento de que algo grave iba a suceder y no me he equivocado.

—¡Pero yo conozco a Edelman!

—No, Scott, usted conocía a un Edelman tranquilo, en su sano juicio. Lo que ahora tenemos en la isla es un enfermo mental, y por cierto que muy peligroso.

Scott no contestó. Dio unos pasos y se acercó al cuerpo del hombre muerto. La sangre había dejado de fluir, pero ya había formado un cerco a su alrededor tiñendo la arena de un color rojo oscuro, tenebroso.

Lo miró bien y se dio cuenta de que tenía el cráneo fracturado. A pesar de que era la herida más visible pudo apreciar los hematomas que Seth tenía en el rostro y le fue imposible evitar un escalofrío. Sí, sabía que un hombre enloquecido triplica la fuerza de su estado normal. Sólo así podía explicarse aquellos golpes que parecían haber sido hechos con algo sólido y muy pesado.

Guardianes y médicos le rodearon silenciosamente, como un cortejo fúnebre. Seth ya estaba muerto, pero Edelman también había muerto para el mundo en que ellos vivían.

—Hay que cambiar los planes, Scott. Supongo que ahora no tendrá ninguna objeción.

—No, Prager.

—Bien, lo importante es capturarlo. Enviaré unas patrullas por el bosque y de no atraparlo esta noche mañana lo haremos sin ninguna duda. No creo que ande demasiado lejos.

»Ahora estará asustado.

—Y más peligroso.

—Exacto.

Prager se volvió hacia los otros aunque ya podían escuchar sus palabras. Nombró a varios hombres que debían de ser los de los oficiales de la isla y sus órdenes fueron precisas.

—Intenten localizarlo, pero no corran riesgos innecesarios. Que nadie salga del hospital hasta que amanezca. Es lo más probable que lo localice el control electrónico, de forma que tan pronto como se haga de día lo rodearemos y lo internaremos.

»Pero recuerden, no se arriesguen.

—¿Y si nos ataca, señor Prager?

—Entonces, bueno…, si no hay otra solución mátenlo, pero sólo como último extremo.

—Sí, señor.

Los oficiales se apartaron del grupo. Seguían acercándose miembros de la seguridad de Ataru y pronto se hubieron formado grupos de tres hombres dispuestos a rastrear el bosque.

Prager miró a Scott y le puso una mano en un hombro.

—Comprendo cómo se siente, Scott. Usted le apreciaba muy sinceramente y no comprende que esto pueda haber sucedido, ¿verdad?

—Exacto.

—Procure descansar. Ahora ya no podemos hacer nada por Edelman. Cuando demos con él se le examinará y procuraremos poner remedio a su enfermedad, pero creo que cuando la demencia llega al extremo del asesinato poco se puede hacer.

—Ya entiendo.

—Y también es posible que nos veamos obligados a matarlo. Si llega ese momento le ruego se domine, Scott.

—Desde luego.

Pero la voz apenas salió de sus labios. Se le antojaba monstruoso que mataran a un hombre cuya mente había sido un verdadero tesoro.

—Sí, ya no hay remedio —murmuró.

* * *

No había remedio; ésta era la cuestión. La aventura de Erwin Edelman había desembocado hacia un final trágico, que no merecía, pero que era terriblemente real.

—Es el momento —dijo la voz, como gozando de aquellos instantes decisivos.

Gauger se agitó nervioso a su lado, rió histéricamente y replicó:

—Sí.

Pero había una tercera persona que no había pronunciado una sola palabra, que permanecía quieta en un rincón de la estancia sin atreverse a mirar a ninguno de los dos hombres.

Iker se giró hacia ella, la miró con calma y preguntó:

—¿Y tú, Raissa? ¿Qué dices en estos momentos tan importantes?

Ella, la Raissa que Erwin había conocido en la playa, apenas se movió. Cualquiera podía observar que sus ojos estaban húmedos, que no reía ni se sentía feliz.

—Contesta, Raissa..

—También… —murmuró ella.

—¿También qué?

—Que me alegra que haya llegado el momento… Hemos esperado mucho tiempo.

—Exacto.

Iker se giró silenciosamente, como si a su alrededor tuviera un nutrido auditorio en el que pudiera mirarse como si fuera un espejo adulador.

—Sí, Raissa —agregó de forma suntuosa—; ha llegado el momento de que nuestros esfuerzos se vean premiados con el fruto de la razón y el poder.

La joven no contestó. Por su parte, Gauger continuó moviéndose de aquella manera tan anormal, como si fuera un simio nervioso, y palmoteo con energía.

—Tú, Gauger, estás contento. Sé nota que eres una persona inteligente y luchadora.

—Gracias, Iker.

—Pero Raissa parece apenada por algo… ¿Acaso no te gusta nuestro nuevo colaborador, Raissa?

—Sí, claro…

—¿Crees que va a pasarle algo malo?

—No…

—Sí, lo piensas. No olvides que te conozco lo suficientemente bien como para no equivocarme contigo, Raissa… Tú temes por Edelman, crees que pueden hacerle daño, matarlo.

»Las mujeres son distintas al sexo fuerte del planeta, tal vez debí estudiaros mejor, aunque estoy seguro de vosotras… Sois, dijéramos, más complejas.

—No.

—¿Entonces?

Iker, alto y seguro de sí mismo, sintió deseos de «charlar» con la joven, de hacerle conocer la verdad una vez más. Sin embargo, una extraña señal sonó en su mente, en aquel cerebro magnífico.

Se olvidó de la reacción de Raissa y dijo:

—No perdamos más tiempo, nuestro buen amigo Edelman nos está buscando. Nos necesita.

Raissa sufrió un sobresalto y levantó la cabeza, muy interesada en lo que acababa de decir. Gauger dejó sus histéricos movimientos y torció el gesto.

Iker se extasió, su rostro sufrió un cambio brusco y movió las manos en un gesto bastante significativo.

—Preparaos… Regresad a vuestros lugares hasta que yo os dé la señal.

Gauger dio un paso atrás acercándose a la muchacha y entonces, primero la de ella, sus figuras se desdibujaron súbitamente y sus cuerpos desaparecieron en la nada.

¡Se había desintegrado!

Iker esbozó una sonrisa que sólo él sabía lo que significaba. Sí, ver cómo sus alumnos desaparecían era una muestra de su poder.

En su cerebro volvió a oírse la llamada que segundos antes había sentido. Ahora era más apremiante, más urgente.

Y se dispuso a establecer contacto con la pieza clave de su juego: Erwin Edelman. Sí, había llegado hasta allí después de muchos sacrificios y era hora de trabajar de verdad, ¡de dar a conocer su fuerza sin ninguna clase de tapujos!

Lo vio, estaba buscándole…

* * *

Erwin ya había perdido toda esperanza. Era algo así como los residuos de su incineración vivo, la sombra de lo que poco antes había sido física y moralmente.

Estaba destrozado, había perdido la noción de las proporciones y la igualdad y su mente era un caos en el que sólo imperaba la orden tajante de sobrevivir cuando todo estaba perdido.

Su instinto más antiguo había cobrado una fuerza inusitada. ¡Él quería vivir!

—¿Dónde estás…? ¿Por qué ahora, que tanto te necesito, no me oyes? —bramaba.

Lo había repetido infinidad de veces. Necesitaba a alguien distinto a los demás y esta persona, que se le había ofrecido cuando apenas necesitaba de ella, no acudía ahora a ayudarle.

Pero, de pronto, algo cambió. Fue como si la noche se tornara día, como si las parpadeantes estrellas se convirtieran en soles resplandecientes.

Mientras sentía los gritos y las voces de los guardianes que iban

tras él, ¡supo que «su amigo» le había escuchado!

Se quedó quieto, inmóvil entre la maleza. De equivocarse sería su último error porque ya no tendría tiempo de seguir huyendo. Además, unos reflectores automáticos se encendían a su paso para deslumbrarle. El sistema de seguridad automático le había descubierto.

Se pasó la lengua por los labios, jadeó y se dispuso a aferrarse a aquella postrera esperanza.

¡No se equivocó!

—Erwin…

La voz llegó débil, pero la oyó.

—¡Estoy aquí, aquí…! ¿Me oyes?

—Sí, Erwin, te oigo… No te alteres, domina tu cuerpo y no temas a nada.

Miró en derredor; casi sentía los jadeos de sus perseguidores que deberían estar rodeándole.

—Necesito que me ayudes. Ha sucedido algo terrible y sólo tú puedes saber la verdad.

—Calma, Erwin. Piensa que tú puedes más que unos ignorantes exaltados. Considera que tu mente es mucho más avanzada, que eres algo más que un simple hombre…

Lo pensó. Exacto, él no era como los demás; su amigo no mentía. Podía aparecer y desaparecer despreciando las leyes de la materia, ¡podía ser y no ser!

Obedeció ciegamente, convenciéndose a sí mismo de que lo que oía era la única verdad. Y como muestra de su éxito empezó a sentirse menos pesado, más libre. Fue como si su cansado cuerpo dejara de pesar en el suelo y sus instintos se tranquilizaran para adoptar una postura cómoda, placentera.

De pronto, los hombres que le habían estado persiguiendo surgieron en el lugar en el que él ya no se encontraba. Vinieron de los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo que los reflectores, los ojos del cerebro electrónico que regía el centro, enfocaban la zona y la iluminaban con la fuerza de un pequeño sol.

Pero hubo más: los guardianes tropezaron entre sí. Estaban convencidos de atraparlo y de repente había desaparecido. Los había engañado como si fueran niños.

—Pero…, ¡estaba aquí!

—Sí, yo también lo vi… No sé, es como si se hubiera desintegrado ante nosotros.

—¿Y los reflectores?

La media docena de hombres se miraron entre sí, mientras un espanto general los conmovía. Miraron en todas direcciones, vacilaron y llegaron a sentir verdadero miedo.

—Vámonos… Mañana lo encontraremos…

Pero Erwin seguía estando allí, sólo que aquellos hombres perplejos no le veían. Se encontraba en el centro del grupo, como uno más.

Los hombres retrocedieron hacia el hospital sin que ninguno de ellos quisiera colocarse de espaldas. Y uno de ellos, temblándole las mandíbulas de miedo, dijo:

—Si lo veo dispararé a matar… No esperaré a que ese loco, o lo que sea, nos destruya.

—Es lo mejor —corroboró un segundo.

Estas palabras lograron el nefasto efecto de que Erwin olvidara su momentánea alegría y su pesimismo se hiciera todavía más fuerte en él, que pudiera más que ninguna otra cosa.

—No lo pienses, Erwin.

Su amigo estaba allí, adivinaba lo que había pensado.

—Es que los hombres me han decepcionado… Algo en mí ha cambiado y veo ahora que no somos lo que creía.

—Sí, es cierto. Cuando te conocí pensé que acabarías dándote cuenta de ello y deseé que fuera lo más tarde posible.

—No, es igual. Casi me alegro de saberlo. ¿Sabes que he matado a un hombre?

—¿Matar?

—Sí, fue un accidente… En realidad, no sé cómo pudo suceder. Pero lo hice y ahora soy un enemigo de la sociedad, de mi sociedad, ¿comprendes?

—Sí.

—Soy un delincuente, un ser que no puede vivir como los demás, sino apartado de la libertad.

»¿Sabes? Me encerrarán en un lugar parecido a éste y allí permaneceré hasta que muera.

—¡Eso es salvaje, un error incalificable! Cualquier ser puede tener un error, cualquiera.

—Pero no estos errores, amigo mío. Un ser de mi especie ha muerto y mis manos han sido las que segaron su vida.

—No —porfió su amigo—, no puedo admitir que esto suceda. Es más, tú eres la persona indicada para que esto no suceda contigo ni con ningún otro ser de tu especie.

»Todos deben comprender, dominarse, ser menos impuros.

Erwin sonrió. Cierto todo cuanto oía, pero aquello entraba en el capítulo de los sueños irrealizables del hombre que siempre había soñado con ser mejor y siempre seguía siendo el mismo.

—Es imposible. Estos sentimientos van unidos a nosotros y no podemos separarnos de ellos.

—Sí, podéis.

Erwin dio un respingo. De pronto, una extraña idea brilló en su mente.

—Habla más claro.

—Sí, Erwin, tú estás en situación de ayudar a toda la Humanidad, tienes poder y eres inteligente.

—Creo que exageras.

—De ningún modo… Pero ven conmigo. Creo que antes de nada debes ver algo que te interesa. Al parecer, a tus semejantes les ha puesto furioso algo relacionado contigo.

—¿A qué te refieres?

—Quieren cambiar tu cuerpo hacia otro lado… ¡Actúa antes de que sea demasiado tarde!

* * *

Prager se levantó con furia. Desde luego, lo que acababa de oír no era para menos.

—¡Se terminó mi paciencia!

—¿Qué piensa hacer, doctor? —preguntó Scott, muy pálido.

—En primer lugar sacar a Edelman de este lugar. Es mejor enviarlo a otro lugar, éste ya no es el apropiado.

—¿Quiere decir una prisión?

—Como usted quiera llamarlo, Scott.

—Sí, señor.

—Y lo haremos ahora mismo. Acompáñeme.

Scott fue tras él. Acababan de oír el informe que los guardianes les trajeron. Era indudable que Edelman se había transformado en algo parecido a un monstruo, cuya existencia ponía en peligro la vida de la Humanidad.

Salieron de la estancia. En primer lugar marchaba Prager escoltado por dos de sus hombres y detrás le seguían Scott y los demás oficiales del centro.

Tras caminar por los corredores y subir a dos elevadores automáticos el grupo de hombres que acababa de tomar tan importante decisión se detuvo ante los guardianes que custodiaban la puerta de la habitación de Edelman.

Los dos hombres se envararon y se colocaron a ambos lados del umbral, expectantes.

Prager se volvió hacia Scott y lo miró muy serio.

—No hay otro camino, Scott. Sugiero que un bólido militar venga a recogerlo y lo saque de aquí.

—Sí, señor. Antes de diez minutos habrá salido de Ataru.

—Bien, entonces entremos…

Se acercó a la puerta; ésta se deslizó suavemente a un lado y los dos hombres penetraron en la estancia.

El cuerpo de Edelman seguía en el mismo lugar. Era terrorífico pensar en lo que había sucedido y que la carne del científico permaneciera estática en aquel lugar.

Prager se acercó al lecho por la cabecera y puso las manos en los bordes metálicos.

—Ayúdeme —dijo.

Scott obedeció y le ayudó a empujar la mesa—camilla en dirección a la salida. Instintivamente, el policía había empezado a sudar de nuevo. Sentía el sabor del miedo.

¡Era como si las yemas de sus dedos tocaran unas brasas que en cualquier instante podían abrasarle!

Cruzaron el umbral y salieron al pasillo. No estaba tranquilo, algo podía pasar.

Y, de repente, cuando acababan de salir de la habitación, sucedió «aquello».

¡Erwin Edelman empezó a desintegrarse ante los ojos de todos los presentes, la materia se esfumaba! ¡Todos abrieron mucho los ojos y se apartaron por instinto!

Todos menos uno, pues el doctor Prager, cuya mente equilibrada y serena, veía algo insospechado, no se dejó dominar por el temor. Lo que veía iba más allá de la razón y como él era un investigador no lo aceptó.

¡Alargó las manos para tocar a Edelman e impedir la desintegración!

De súbito, sufrió algo similar a una descarga de miles de voltios, su cuerpo se estremeció, lanzó una exclamación de dolor y salió despedido hacia una de las paredes del pasillo.

Scott, lívido como un muerto, fue incapaz de moverse. Sus ojos, clavados en lo poco que quedaba ya de Erwin, no se fijaron en Prager hasta que sobre la camilla no quedó absolutamente nada.

Entonces, temblando, se aproximó al médico jefe y le rodeó una muñeca con su mano derecha.

Prager no tenía manchas de sangre, pero su corazón había dejado de latir.

Era la segunda víctima…

# Capítulo VII

—¿QUÉ le ha pasado a ese hombre? —preguntó Edelman, algo asustado por lo que acababa de ver. Y al notar la expresión de Scott, agregó—: ¡Parece muerto!

—No lo está.

—¿Cómo? No siento las palpitaciones de su corazón.

—Le aseguro que no ha fallecido. Solamente se mantiene en un estado inmaterial. Ha entrado dentro del campo magnético de su transformación y el golpe ha sido demasiado fuerte para él, pero podemos volverlo a su estado normal cuando queramos.

Erwin soltó un largo suspiro y se sintió mucho más tranquilo.

—Pues creo que debemos hacerlo ahora, ya que después de lo que ha sucedido…

—No, Edelman, todavía no.

El tono había cambiado en su amigo; era mucho más sereno y amigable. Erwin se giró hacia él y lo vio de nuevo. Al principio, preocupado por su huida, sentimiento éste del que todavía no había podido liberarse por completo, no le prestó la atención necesaria.

Sin embargo, ahora se vio ante un hombre alto, de facciones agradables. Le miraba muy fijamente y sonreía como si se hubieran conocido de toda la vida.

—¿Te extraña, Edelman?

—Pues…

—Sí, no lo notó y es natural. Creí que debía adoptar una forma humana dado que tú parecías algo reticente.

Erwin no supo qué decir. Se limitó a mirarlo y maravillarse de que la mente humana pudiera llegar tan lejos, a un extremo tan perfecto que a veces, como le estaba sucediendo en aquel momento, asustaba.

—¿Qué temes, Erwin?

—Nada.

—No es cierto. Has sentido miedo de mí y yo lo he sabido en ese mismo instante. Pero no creas que ello me ofende; no, Erwin, tú eras un hombre bastante distinto a los demás.

»No sientes prejuicios, ni eres vanidoso. Por eso acepté tu llamada y quiero ayudarte. Y, para ser más explícito, no es de mí de quien has de temer.

—¿No?

—Claro que no… Sé que un hombre ha muerto fuera del hospital y tú lo has matado.

Erwin se estremeció otra vez. Ahora sí que no había ninguna duda. Él había matado a un ser humano. Y de nuevo sintió el miedo experimentado en el bosque, aquel terror profundo y aquella soledad maldita que le hacía sentirse rechazado, maldecido.

—Es cierto —respondió.

—Bien, Erwin, creo que podremos solucionarlo. Podemos hacerlo de dos maneras: la primera consiste en borrar sus mentes y dejarlo todo como antes de que tú hubieras llegado aquí.

—¿Se puede hacer?

—Desde luego, pero no te lo aconsejo porque tú serías precisamente la única persona que lo sabría y tu conciencia, tus debilidades de humano no te lo perdonarían jamás. Por eso pienso que es preferible el otro modo.

—¿Cuál?

—Cambiar al hombre.

Erwin parpadeó, se pasó la lengua por los labios resecos y creyó soñar.

—¡Eso es…!

—¿No te atreves a decirlo? Pues yo añadiré que es lo mejor que puedes hacer. No me negarás que a pesar de los avances científicos el hombre ha progresado muy poco. Hay ciertos aspectos brutales de su interior que no han variado apenas.

»Aunque comprenda que es un error, aunque lo sepa a ciencia cierta, el hombre mata cuando algo le ciega la razón. ¿No es así?

—Sí… —admitió.

—Bien, pues yo he de ir más lejos. Tu mente está en pleno desarrollo y no ha podido percatarse como la mía de lo grave que es la situación en vuestro planeta. Prácticamente, podría decirse que tenían la vida pendiente de una casualidad.

—¿A qué te refieres?

—Á todo. Piensa en un hombre importante que en un momento dado pierde la razón y destruye el planeta, en un accidente atómico irreparable… O incluso en algo que no habéis calculado bien.

—¿El qué?

—Pues yo mismo… En mis viajes por el espacio he conocido razas muy dispares. Seres parecidos a vosotros, pero más bárbaros, que destruyen y asolan los planetas lejanos para proveerse de sustento.

»¿Por qué no podía ser yo uno de ellos?

Erwin estaba más que sorprendido, es que lo que oía daba vueltas en su mente y una y otra vez para llegar siempre a la conclusión de que no había oído nada más sensato que aquello.

¿Cómo habían sido tan desprevenidos, por qué los hombres no pensaban con más calma en sí mismos, en todos y no particularmente?

—¿Crees que tengo razón, Erwin?

—Sí, claro…

—Bien, entonces lo que yo te propongo, es dotar a todos los hombres de los poderes que yo tengo y que tú empiezas a conocer. Evitar así las máquinas y los complicados cerebros electrónicos. De

esta manera, cada hombre será un universo sincero y limpio, indestructible, el verdadero hombre que debe vivir en el cosmos y dominar la vida y las dimensiones.

Cierto, era cierto. El más optimista de los seres vivientes habría soñado con lo que Erwin escuchaba. Cualquiera vería en ello lo mejor de lo perfecto, aunque sería un pensamiento por el que no valdría la pena preocuparse. ¿Cómo lograr algo así, cómo hacer que todos los hombres lo entendieran?

—Me parece maravilloso, pero…

—Sí, sé lo que vas a decirme. Has pensado que no es posible porque escapa a las posibilidades normales. Pero yo estoy dispuesto a asegurarte lo contrario. Claro que no es mi deseo inducirte a nada, pero debes pensarlo bien. Al fin y al cabo es tu problema, Erwin.

—Sí, claro, lo sé… Pero si eso que tú dices pudiera lograrse… ¿Y cómo voy a hacerlo yo solo?

Su amigo sonrió más beatíficamente, como si sintiera todas sus dudas y vacilaciones y quisiera liberarle de ellas. En una palabra, era un ser moralmente perfecto.

—Espera, Erwin, creo que debes saber algo más… En primer lugar, no estás solo, pues yo te ayudaré en todo cuanto pueda antes de partir hacia el mundo que necesito para vivir, y por último quiero que conozcas a otras personas.

—¿Como yo?

—Sí, también ellos me llamaron y comprendí que debía ayudarles. Sienten tus mismos problemas, también quieren ayudar a la Humanidad.

Ésta sí que era una sorpresa agradable. Erwin notó que su responsabilidad se hacía más leve y ansió conocer a los hombres que serían sus amigos en aquella aventura fascinante.

Iker dejó de mirarle, se volvió ligeramente *y* levantó más la cabeza.

Luego sucedió lo que para Erwin habría de ser más importante. ¡Dos cuerpos humanos se materializaron en la estancia del mismo modo en que él lo había hecho momentos antes!

Un hombre y una mujer…

Pero a ella la conoció. Al ver sus facciones pacíficas y turbadoras, Erwin sintió que el corazón le palpitaba con mucha más fuerza, que aquella persona le atraía con una fuerza irresistible.

¡Era la muchacha que había conocido en la playa, la misma que los dos guardianes habían querido llevarse a la fuerza!

Al verla, sintió el irrefrenable impulso de ir hacia ella y hablarle de nuevo.

Así lo hizo: avanzó un par de pasos y se colocó a su lado cuando apenas se había materializado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó algo nervioso.

—Sí. ¿Y usted?

Sus labios, rojos como amapolas, lo adormecieron; sus ojos brillaban como piedras preciosas a la luz del sol. Además, sonrió muy ampliamente *y* le miró a los ojos.

—Bien —respondió.

—Le presento a Raissa Silverman y a Barry Gauger, las dos personas de las que le hablé.

—Encantado. Pero a Raissa la conocí en la playa.

—Sí, simpatizasteis cuando tu cuerpo no estaba preparado para la desmaterialización.

Erwin asintió con la cabeza, algo aturdido. Ahora comprendía por qué Raissa podía verle y en sus repentinos cambios que no había podido dominar. Se había precipitado y ello costó la vida de un hombre. Pero…

—¿Por qué la perseguían? —preguntó, de repente.

—Ese es uno de los instintos más antiguos y molestos del hombre, Erwin —le contestó Iker al instante—. Notaron algo extraño en Raissa y ante el temor a lo desconocido prefirieron la destrucción.

—¿Quieres decir que iban a matarla?

—Exacto. Pero afortunadamente tú lo impediste, aunque significara que el problema debiera recaer sobre ti.

»Sin embargo, ya no importa mucho. Si no me equivoco creo que pronto llegarán a un acuerdo y podrán liberar a la Humanidad de esa mancha perniciosa que la ata a la barbarie.

»Habrá que actuar con rapidez o será demasiado tarde. El señor Scott es muy efectivo.

—Sí, entiendo.

Gauger se adelantó un paso y se situó delante de Erwin. Estaba muy serio y habló con rapidez:

—Yo soy partidario de actuar cuanto antes. Si lo diéramos a conocer al mundo antes de hacerlo imperaría el terror y también los intereses creados. Uno de nuestros peores errores es que nuestro mundo esté dividido, demasiado separado entre sí aunque sea una misma masa.

Erwin escuchó con atención. Lo que había oído lo tenía como atontado. Raissa no había dicho nada aún y sintió deseos de saber lo que ella pensaba al respecto.

—¿También usted está de acuerdo?

—Desde luego —repuso la joven tajante, muy firme.

—En ese caso…

Inexplicablemente, algo le hizo vacilar. ¿La responsabilidad, lo importante de aquel paso? ¿Qué dirían los demás cuando despertaran de su desconocido sueño y se vieran de otra manera?

Pero serían mejores, mucho más inteligentes, unidos y bondadosos.

Al contrario de perder lo que iban a ganar era mucho.

—¿Sucede algo, Erwin?

—No, nada…

—Bien, entonces lo único que me resta hacer es daros algunos consejos y ayudaros. El trabajo no va a ser sencillo, pues aunque vuestras mentes puedan recorrer todos los planetas habitados por el hombre tendréis que organizaros.

—¿Cómo sugieres, Iker? —inquirió Gauger.

—Dividiéndonos. Afortunadamente, los tres sois distintos y os adaptáis muy bien a las tres necesidades más importantes del proyecto.

—Explícate mejor, Iker —dijo Raissa, que se había colocado muy cerca de Erwin.

—Bien, Gauger conoce este centro y los puntos neurálgicos del mismo. En primer lugar hay que evitar que el señor Scott dé una falsa alarma y ponga sobre aviso a la Jefatura del planeta.

»Creo que esto lo podrá hacer Gauger perfectamente.

—¿Y yo? —volvió a preguntar Raissa.

—Tú puedes paralizar a las personas más importantes, a los que pueden hacer peligrar el trabajo de los demás, puesto que no podréis dominar a todos los hombres a la vez.

»Edelman, por su parte, es el mejor preparado matemáticamente. Su mente, con la preparación adquirida, puede absorber el mando de las computadoras más complejas, manejarlas y guiarlas.

Erwin suspiró. Nunca había pensado que pudiera hacer semejante cosa, pero recordó lo que Iker había dicho acerca de lo inútiles que serían las máquinas cuando los hombres usaran toda su mente que lo comprendió, o creyó comprenderlo.

—¿Qué os parece?

—Perfecto —dijo Gauger, sonriendo y mirando a sus dos compañeros con impaciencia.

—Yo también soy de la misma opinión —prosiguió Raissa, mientras se volvía hacia Erwin—. Es preciso que hagamos algo por salvar a la Humanidad.

—Sí —respondió Erwin.

—Bien, puestos de acuerdo ya, lo que sigue es actuar. Erwin, deberás en primer lugar normalizar la estación generadora de las Azores. De esa forma absorberás todo el medio de vida de los dos continentes que domina esa central: el africano y el americano.

»Gauger se cuidará de este centro y yo te ayudaré con el resto mientras Raissa se cuida de los centros más poblados.

»¿De acuerdo?

Los tres respondieron afirmativamente, los tres estaban de acuerdo en cambiar a la Humanidad, en adormecerla primero, significando

esto que quedaría indefensa como nunca lo había estado.

Los hombres entrarían en un profundo e inesperado letargo; sería como si de repente todos se durmieran a la vez, pero con la variante de que una mente privilegiada se haría cargo de las computadoras y los cerebros electrónicos para destruirlas.

Pero Erwin Edelman, que era tal vez la piedra fundamental de aquel plan, estaba convencido de que era lo que debía hacerse, de que todos lo comprenderían después y sabrían valorar lo que había hecho por ellos. Su recompensa sería el saber que había logrado algo verdaderamente importante en bien de la Humanidad.

¡Lo que jamás nadie hasta entonces había soñado con conseguir!

* * *

Había seres, sin embargo, que no estaban «curados», tales como el «efectivo Scott». Este hombre, viendo que el cuerpo del doctor Prager no tenía vida, había decidido actuar.

Su rango era muy elevado, podía tomar decisiones importantes aunque no supremas. Y lo que estaba sucediendo era más que suficiente para empezar a actuar.

Se apartó de Prager. Súbitamente sentía un frío terrible en la columna vertebral, como si sólo él percibiera el grave peligro que todos estaban corriendo. Y el pensar en todos significaba todo ser viviente, ¡toda la vida que él conocía!

Era monstruoso, capaz de enajenar y apabullar al más sensato. Pero Scott había sido preparado para situaciones difíciles y además todavía ignoraba la verdad del peligro.

No sabía que un cerebro como el de Erwin, infinitamente capaz aunque engañado, podía ser el fin.

—¡Vamos, alerta máxima! —exclamó.

Los demás se apartaron de Prager y la camilla, pero sin alejarse demasiado.

—¿Dónde está el emisor? —preguntó el policía espacial.

—En el otro lado del edificio —le respondió uno de los guardianes.

—¡Vamos, acompáñeme!… ¡Y ustedes, no se queden ahí parados! Cuídense de que nadie salga de la isla. Si es preciso destruyan los bólidos y que todos los enfermos sean trasladados a los puestos de emergencia.

Algunos hombres se alejaron a cumplir las órdenes que Scott acababa de dar. El resto se quedó a su lado.

—Ustedes, hagan que todo el mundo, excepto los guardianes, abandonen los corredores. Estos últimos deberán ir armados y disparar

contra lo que no sea normal.

»¿Me han entendido?

—Sí, señor… Pero…

—¡No se preocupen! ¡Y por favor, dense prisa…!

Se fueron todos menos el centinela que había hablado antes con Scott. Una vez solos, el policía lo tomó de un brazo y dijo:

—Ahora acompáñeme al emisor. Es vital que ganemos todo el tiempo posible.

—¿Tan grave es, señor?

—No lo sé… Eso es lo malo. Sin embargo, es indudable que nos hallamos en el centro de un tumor muy peligroso. La persona que puede desaparecer como lo ha hecho… Bueno, el cuerpo de Erwin Edelman es capaz de cosas peores.

»Ha matado y ya no se detendrá.

—Sí —repuso el otro muy lívido.

Echó a correr hacia el lado derecho del pasillo y Scott, como si sintiera la muerte a su espalda, lo siguió a pesar de la diferencia de edad y la agilidad del centinela.

Unos cincuenta metros más adelante subieron a un transportador horizontal. Scott le dio la máxima velocidad y a punto estuvieron ambos de caer al suelo cuando el aparato se puso en marcha.

Cinco segundos más tarde descendieron ante otro pasillo y por él corrieron medio centenar de metros. Luego, el acompañante de Scott se detuvo ante una puerta mientras varios centinelas armados pasaban junto a ellos camino del otro lado del centro.

Scott, en cuanto el umbral de la puerta quedó libre, se vio en una sala amplia con muchos aparatos de formas rectangulares manejados por media docena de hombres. En las paredes había dos grandes pantallas ahora a oscuras.

—¡Pronto —exclamó—, comunicación con la Jefatura Central!

Los hombres encargados del puesto de comunicaciones se sorprendieron y reaccionaron algo nerviosos.

—¡Rápido! —bramó.

Uno de los hombres manipuló el emisor y pulsó algunos de sus mandos. Los segundos iban gastándose más deprisa de lo que Scott deseaba, pues consideraba muy importante dar la alarma a todo el planeta cuanto antes.

De pronto, la pantalla frontal se encendió y al tiempo que surgía en ella la faz de un policía de la Tierra, una voz dijo:

—Aquí Jefatura. ¿Qué sucede?

—¡Oiga! —gritó casi Scott colocándose ante el captador de imágenes—. ¡Un peligro desconocido nos rodea! El doctor Prager y otro hombre han muerto de forma muy misteriosa. Es preciso que comunique lo que le estoy diciendo, que todas las fuerzas armadas se

preparen para una contingencia y que rodeen Ataru.

—Paso su comunicación al primer oficial de guardia, señor.

—¡Muévase con rapidez!

Vio al policía que adoptaba una postura de extrañeza y que le miraba de forma rara. Le pareció estúpido, tonto. En cuanto pasara aquello haría un informe.

Lo vio girarse, al principio no con mucha rapidez, pero luego debió alarmarse porque empezó a pulsar botones con más agilidad.

¡Y de repente sus movimientos empezaron a hacerse lentos progresivamente, como si estuvieran durmiendo en un puesto tan importante como el que ocupaba!

—¡Estúpido, póngame con el oficial de guardia! —gritó Scott.

Era inútil. Notando cómo la rabia se apoderaba de él, vio que el policía casi se había detenido por completo. Sus miembros llegaron a quedar absolutamente inmóviles, pulsando los mandos de comunicación.

Aterrado y furioso, sin comprender, Scott fue a gritarle, a ordenar que se comunicaran con él por otro canal.

Pero entonces oyó un espeluznante grito a su espalda y se giró electrificado.

—¡Señor…!

Dos de los hombres que habían en la sala habían caído al suelo repentinamente mientras los demás se tocaban los brazos y las piernas.

¡La paralización estaba adueñándose del mundo!

—No… No puede ser… —balbuceó Scott retrocediendo hacia la pared.

No lo creía y, sin embargo, él mismo empezaba a experimentar lo que veía en sus hombres. Los brazos no querían obedecerle, la mente se atontaba y paralizaba. Sentía un profundo sueño que poco a poco lo dominaba.

—No… Edelman, por Dios, Edelman…

No supo por qué, pero su último pensamiento fue para Erwin Edelman, el hombre en el que siempre había confiado y que ahora estaba causando la paralización de la vida.

Luego, silencio y oscuridad.

# Capítulo VIII

GAUGER soltó un grito de alegría y se acercó a Iker riendo a carcajadas. Se movía como un simio, dando estúpidos saltos en torno a la figura del impenetrable Iker.

—¡Lo he conseguido! ¡He paralizado la isla!

—Cálmate —le espetó el otro en tono seco.

—¿He dicho algo malo? Tú querías que dominara la isla con toda su gente y aparatos, y lo he conseguido. ¿No ves que nadie se mueve?

—Claro que lo sé… Te preparé para esto y veo que mis cálculos no habían fallado, pero eso no quiere decir nada. Mantente tranquilo… Hay alguien que puede darnos una sorpresa.

Gauger se puso serio. Era una mente vacía, sin iniciativa. Iker le había lavado el cerebro y sólo obedecía sus órdenes, siendo incapaz de decidir entre lo bueno y lo malo, lo justo o lo injusto.

Era una máquina en manos de otra mente mucho más avanzada y, a la vez, peligrosa.

—¿De quién hablas, Iker? ¿Piensas que ese Edelman no cumplirá con su parte?

—Sí, él lo hará… Lo he trabajado bien y estoy seguro de que no fallará, pero Raissa… En fin, no me fío de ella. Tú cuídate de la isla, de no perder su dominio un solo segundo, que yo me ocuparé de Raissa.

—Entiendo.

Iker se apartó de él. Raissa y Erwin ya no estaban allí. Habían viajado hasta sus puntos de ataque y ahora los sentía actuar, notaba los impulsos de sus mentes y sabía que estaban trabajando bien.

Salió de la estancia, se acercó a uno de los pasillos y se sintió dominado por el orgullo. Andando lentamente, gozó viendo los cuerpos inánimes de todas las personas que vivían en la isla. Estaban como muertos, como muñecos de cera en un museo, ¡y todos pendientes de su voluntad!

Se concentró en Erwin y lo «vio» en el centro electrónico de las Azores, absorto en el manejo de las computadoras que necesitaban un equipo de más de dos mil técnicos especializados.

Pero Erwin podía dominarlas a todas, podía seguir sus complicados cálculos para que las máquinas no se detuvieran y causaran una catástrofe total en la mecanizada Tierra.

Se sintió satisfecho de él, muy satisfecho.

* * *

Erwin Edelman consideró que sería imposible para él hacer lo que Iker le había «propuesto» tan sutilmente. Al ver tanta máquina receló de sus posibilidades, pero luego, conforme fue adentrándose en los trabajos de cada una, observó que su cerebro ejercía un prodigioso poder sobre todas ellas. Sí, además sentía como si una corriente de fuerza regeneradora le llegara a su cabeza dándole más y más fuerza.

Pensó en su amigo del espacio y creyó que era él quien le estaba ayudando a hacer posible aquel milagro. «Pensó» en el bien que estaba haciendo, en lo buenas que serían las personas cuando todo hubiera terminado.

Su mente continuó asimilando respuesta tras respuesta; luego, él pensaba y dictaba las órdenes a las máquinas para que éstas siguieran rigiendo el tiempo, las centrales atómicas repartidas por el mundo, los robots que trabajaban en el fondo del mar.

—Muy bien, Erwin… Lo estás haciendo a la perfección… En un par de minutos lo habrás logrado y podremos descansar antes de que tu mundo sufra la mutación necesaria.

Estas palabras llegaron a su cerebro telepáticamente. Las oyó con claridad y replicó:

—¿No hay ningún riesgo?

—No, te falta muy poco. Cuando tu mente las dirija todas podrás tomarte un respiro hasta la fase final.

—¿Fase final?

—Sí, cuando hayamos de extirpar los malos instintos de las entrañas de todos los habitantes del planeta.

—Comprendo.

—Continúa. En Ataru ya todo terminó… Gauger no ha fallado.

—Estupendo —contestó Erwin, satisfecho.

Y continuó con su labor. Las palabras de Iker dejaron de sonar en su mente y reanudó el trabajo con más ardor que antes. Le había dicho que ya faltaba poco, que estaban a punto de lograr que el hombre fuera un verdadero hombre en todo el sentido de la palabra, ¡el dueño del Universo!

Se afanó tanto en el delicado trabajo, que olvidó todo lo demás. Estaba plenamente convencido de hacer una gran obra.

Pasaron unos minutos; le quedaban ya muy pocas claves para asimilar y un instante absorbió todo el trabajo de las máquinas.

Soltó un prolongado suspiro y se apartó. Había hecho algo que nadie podía imaginar. Entonces notó que una de las mayores computadoras, la que se cuidaba de todas las estadísticas del planeta, escapaba a su dominio y empezaba a funcionar como si de repente sus ordenadas se hubieran vuelto locas.

Esto le alarmó y forzó su mente para dominarla, temiendo que algo no hubiese salido bien.

—Erwin, no te preocupes… —sintió la voz de Iker en su mente.

—Algo ocurre en esa máquina.

—Soy yo, descuida. La estoy ordenando para que tú le traspases lo que has tomado de las demás.

—Pero…

—Sí, Erwin, tú has de quitarte ese trabajo para estar listo para la prueba final.

Lo comprendió. En realidad, sólo creyó comprenderlo. Iker no había hablado apenas de la «etapa final», aunque se dijo a sí mismo que su amigo tenía razón.

Era como si otro Erwin Edelman se hubiera colocado dentro de su cuerpo. Notaba sus propias reacciones más frías que antes, más impersonales y metódicas. Iker tenía razón en todo y había que obedecer porque eso era el bien.

¡Qué extraño!

—Conecta esa computadora a las demás, Erwin.

—Sí.

Hizo lo que le ordenaba y se apercibió de que su mente podía descansar.

Una idea muy rara taladró su mente. ¡Lo que sucedía significaba que Iker estaba muy por encima de sus posibilidades y de todo lo que él había considerado prodigioso! ¡De pronto tuvo el presentimiento de que él era una máquina más absorbida por el cerebro de Iker!

Entonces, ¿por qué no había hecho Iker todo el trabajo?

—¿Qué sucede, Erwin? ¿De qué dudas?

—Nada… Es que he tenido un pensamiento…

—Olvida esas tonterías inmediatamente. Ahora estamos en un momento decisivo y tu mente debe estar despejada hasta que la computadora tenga todos los datos.

—Sí, claro…

«Hasta que la computadora tenga todos los datos.» Esta frase bailó por su cabeza una y otra vez, grabada con mucha más fuerza que cualquier otra.

Sucedía que su subconsciente no asimilaba aquello. La razón, la proporción de lo positivo y lo negativo, reaccionaba de forma dudosa ante lo que escuchaba, no comprendía.

Sin saber exactamente por qué, empezó a retroceder y salió de la sala donde estaban situados los cerebros electrónicos.

—Erwin, ¡no te muevas! —aulló en su mente la voz de Iker, muy furiosa.

Sin embargo, el joven científico no obedeció. ¿Por qué obedecer a alguien que apenas conocía y que estaba dictando leyes con un mundo que no era el suyo, por qué tenía él que decidir por los habitantes de la Tierra?

Miró a un lado y vio unos bultos desmañados, sin ninguna estética ni forma precisa. Los miró bien y se dio cuenta de que eran los hombres que hasta entonces habían manejado las máquinas.

Estaban caídos en el suelo, amontonados unos y separados otros, pero todos demasiado quietos. Era una estampa fúnebre, siniestra y maléfica cuya visión aturdió a Erwin haciéndole dudar cada vez más.

¿Y quién era él para hacer lo que estaba haciendo? Repentinamente, se imaginó a Scott y otros hombres haciéndole preguntas a las que no podía contestar.

Había tomado una decisión demasiado grave.

Se asustó. Los hombres caídos aparecían por todas partes, eran como salpicaduras de una lluvia fúnebre. Se le antojaron muertos, cadáveres sin vida.

Y él había hecho que esto sucediera.

—¡Erwin Edelman!

El grito de Iker atronó sus tímpanos. Iker le ordenaba, le mandaba de la forma más tajante.

—No…

—¡Escucha, Erwin! ¡Ahora no puedes volverte atrás! ¡El mundo es nuestro, tuyo…!

Siguió alejándose por los corredores. La verdad empezaba a hacerse clara y sintió un terrible miedo de conocerla por completo, por temor a saber lo que había hecho.

Pero, ¿lo había hecho? Ignoraba que no podía tener responsabilidad, porque su mente había estado dominada por otra fuerza superior y que aún lo estaban, pero él no lo vio de esta manera, y se consideró culpable de un genocidio, del mayor crimen que pueda soñarse.

¡Él había matado a la Humanidad, poniendo el planeta en manos de un ser malo y traicionero!

Repentinamente, desembocó en una gran terraza bajo la cual surgió un gran valle. Estaba en un rascacielos de más de cincuenta pisos de altura.

La voz de Iker seguía sonando dentro de él, cada vez más furiosa y colérica.

—¡Erwin, ya está hecho!

—No es verdad… ¡No es posible que haya sido tan estúpido!

Unas risas que no eran suyas sonaron dentro de él y entendió que Iker se mofaba de él.

—Eres tonto, Erwin… Cualquier hombre enloquecería de placer al saber que es el dueño absoluto de un planeta. Piensa que luego despertarán y se convertirán en tus esclavos. En lugar de encerrarte en una celda para que te pudras como lo más despreciable, serás él dueño del mundo. Con tu mente y la mía hemos logrado lo insospechado.

»Nadie se atreverá a ofendernos, mandaremos y los llevaremos por el camino que deben seguir.

—No puedo creerlo —lamentó Erwin llevándose las manos a la cabeza y apretándosela con fuerza.

No podía ser. El mundo en manos de un loco con deseos criminales. El mundo convertido en una gran cárcel donde todos serían esclavos de un demente.

Se rebeló contra lo que consideró la mayor catástrofe del mundo, y el verdadero Erwin renació entre las cenizas de la destrucción psíquica.

—¡No puede hacerlo, Iker!

—¿No puedo? Ya lo tengo… Has olvidado que hemos paralizado el mundo.

—¡Tienes que volverlo todo a su estado normal!

—¡Jamás!

—Tienes que hacerlo… Yo no lo voy a permitir.

—¿Tú? ¿Quién te has creído que eres tú? Tu mente, comparada con la mía, es tonta, insulsa. Puedo destruirte cuando lo desee, o, mejor dicho, puedo hacer que te destruyas a ti mismo.

Esto no le hizo tener miedo. Ahora que veía con perfecta claridad la trampa, en la que había caído, sólo pensó que Iker «debía ser dominado», incluso aniquilado.

Por primera vez en su vida sintió deseos de matar, y más precisamente a Iker.

—¿Qué haces, estúpido? —fue la rápida respuesta que llegó a su mente.

—¡No podrás! —exclamó Erwin.

—¿No? Inténtalo… Mira mi verdadero poder…

Apenas transcurrió una décima de segundo. De repente, Erwin tuvo la sensación de que su cráneo se resquebrajaba. Un profundo y terrible dolor penetró en su mente y se tambaleó.

¡Iker iba a destruirlo!

Su primer impulso fue repeler el ataque concentrándose en negar todo cuanto llegaba a su mente. Intentó proteger su cerebro dentro de la masa ósea, defenderse rehuyendo los impulsos magnéticos—destructivos que Iker le enviaba.

Al principio creyó conseguirlo, se sintió más libre. Sin embargo, esta dicha duró muy poco tiempo, puesto que empezó a notar cómo el poder de Iker le perforaba la mente dañándosela.

Sintió náuseas y mareos, sus fuerzas se fueron debilitando y se puso en pie.

¡Iker estaba ganando la batalla!

—Andarás, Erwin… Te acercarás al borde de la terraza y te dejarás caer al vacío…

—¡No!

Se apretó contra la pared instintivamente, tras comprender lo que Iker pretendía.

—Sí, Erwin, tienes que hacerlo.

—No…

La debilidad progresaba, cada vez le dolía más intensamente la cabeza, y el dolor se hacía irresistible. Era tan poderoso que uno sólo ansiaba liberarse de él como fuera.

Y el camino que Iker le ofrecía para lograrlo era tirarse del edificio. Desde aquella altura, su muerte sería segura. Una vez destruido el mundo, estaría en manos de un demente. Se había servido de él para unos fines maquiavélicos.

Vio el vacío. En un principio le inspiró terror; luego el dolor le obligó a cambiar de parecer y empezó a verlo de otra manera, como un camino de salvación.

—Eso es, Erwin… Cuando te hayas lanzado, todo pasará… Sentirás la felicidad más absoluta.

—Sí.

Se apoyó en el borde de la terraza, sus manos temblaban y un sudor copioso había comenzado a perlar su rostro. Un impulso, un pequeño salto y el dolor habría terminado.

Ni siquiera se daría cuenta de que se estrellaba contra el asfalto de la calle. Entonces, al mirar hacia abajo, vio los empequeñecidos bólidos detenidos sin organización alguna, los cuerpos de las personas que se vieron atrapadas por la paralización fuera de sus casas.

Era como si un gas letal hubiera invadido la Tierra matando la vida absoluta.

Él era culpable, debía morir. El dolor desaparecería y la muerte sería su ansiado anonimato. El remordimiento dejaría de pesar en su interior.

De pronto se subió al borde de cemento. Fue un impulso interior lo que le indujo a ello. Era Iker que se había apoderado de su mente y la dominaba.

—Ahora…, ¡salta, Erwin! —ladró la voz de Iker en su mente.

Erwin fue a hacerlo, la orden había sido total y su mente ya no ofrecía resistencia.

Pero cuando hacía el gesto necesario, alguien le asió una mano y tiró de él hacia el edificio de la forma más imprevista que podía imaginarse.

Algo reaccionó en la mente de Erwin. ¿Acaso Iker pretendía burlarse de él? ¿Había querido probar su poder induciéndolo a suicidarse o se había arrepentido?

Pero lo que vio a su espalda lo sorprendió todavía más y le hizo comprender que no había acertado con ninguna de sus suposiciones.

¡Raissa era quien había impedido su muerte!

—¿Estás bien, Erwin?

—Pero…

—¡Moriréis…, moriréis los dos! —les gritó Iker.

Erwin cayó sobre la terraza y se puso en pie de un salto. La presencia allí de Raissa hizo cambiar muchas cosas dentro de su organismo. Fue alegría, placer de saber que alguien más se rebelaba contra el máximo poder de Iker y que, además, se arriesgaba por él.

—Raissa…, ¿por qué…?

—Ahora no, Erwin. Iker nos destruirá a los dos. Tenemos que huir —contestó ella.

Erwin asintió con un movimiento de cabeza y la asió por la cintura para ayudarla a correr. Dio la impresión de que iban a lograrlo, pues a fin de cuentas, Iker estaba a miles de millas de distancia.

Avanzaron por la terraza unos veinte metros, vieron unas anchas escalinatas y se lanzaron hacia ellas desesperados. Iker significaba un miedo horrendo: había que huir.

Sin embargo, apenas habían llegado al piso inferior cuando Erwin empezó a sentir los efectos del poder mental del ahora su enemigo. Notó un violento mareo y se desvaneció casi.

—¡Erwin! —exclamó Raissa, yendo a su lado.

—Vete… Huye…

—No, no podré… Iker te ataca a ti porque sabe que eres más fuerte que yo.

Erwin tuvo la sensación de que la cabeza le estallaba. Era como si clavaran en ella miles de alfileres. El dolor era tan espantoso que se creyó enloquecer. Pero podía ver la calle, y los cuerpos de las personas que yacían en la calzada.

Esto le proporcionó más ánimos, los suficientes sólo para resistir unos segundos más antes de que las venas de su cerebro reventaran y muriera.

—Por favor, Raissa… Huye.

—Espera, Erwin… Es posible que entre los dos podamos defendernos —fue la respuesta de la joven.

Se colocó a su lado y calló. Erwin la vio concentrarse, cerrar los ojos y crispar el rostro mientras se apoyaba en la pared con una mano y con la otra en Erwin, que al comprender las intenciones de Raissa, optó por aprovechar las escasas fuerzas que le quedaban.

Era la última oportunidad. Sabía que la Tierra y sus planetas cercanos, la Humanidad, dependían de ellos, del esfuerzo supremo que hicieran por destruir a un ser maligno.

Se dio cuenta de que el dolor cesaba. Al principio, fue casi absoluto; luego, Iker, tras la sorpresa inicial que debió suponer para él la defensa de Raissa, los dolores renacieron y aumentaron

progresivamente, poco a poco.

—Vuelve, Raissa —musitó.

—Sí, lo sé… Pero hay que resistir. No creo que tengamos esperanzas, pero debemos hacer lo posible por conseguirlo. Gauger tenía una gran mente, pero Iker lo ha ido destruyendo poco a poco y apenas le ayudará.

»Sólo que Iker se basta para destruirnos a ambos. Nuestra única salvación es resistir.

—Sí, Raissa, pero quería decirte…

—No hables.

Erwin apretó las mandíbulas para soportar el terrible lacerazo que Iker le envió desde Ataru. Ahora comprendía muchas cosas, prácticamente todas. Y también se daba cuenta de que sin la ayuda de Raissa, la que nunca había estado totalmente dominada por Iker, estaría muerto.

—Agghhh…

Soltó un gemido de dolor. Raissa se dio cuenta de ello y reanudó sus ataques. Ella también sabía que Iker intentaría destruir primero a Erwin y por eso sólo lo atacaba a él mientras intentaba distraer la fuerza de ella.

De pronto, Erwin palideció, cambió de color y se le doblaron las piernas para luego caer al suelo de rodillas mientras se apretaba la cabeza con las dos manos.

Era una lucha satánica, fría y cruel. Un combate insospechado entre poderes muy superiores a la fuerza física.

Pero Raissa se dio cuenta de que era inútil. Erwin apenas había tenido tiempo de ejercitar los poderes que Iker había despertado en él y ambos iban a morir.

# Capítulo IX

—¡GAUGER!

La voz restalló como un seco latigazo en el pasillo y sus ecos se perdieron a ambos lados del mismo.

—¡Gauger! —volvió a gritar Iker.

El rostro se le había encendido por la furia. Tenía el mundo en sus manos, había logrado sacar todo lo que se había propuesto de Erwin y ahora…

¡Tenía que matarlos a los dos, hacer que sus cabezas estallaran como granadas y que de sus cuerpos sólo quedara una masa sanguinolenta, despreciable!

Al ver que Gauger no llegaba se enfureció mucho más y dio un paso atrás. Raissa, la rebelde Raissa, le estaba atacando. Esto no significaba un grave peligro para él, pero para que no lo fuera tenía que deshacerse de Edelman. La muchacha no le costaría mucho, en cuestión de medio minuto la habría matado.

¿Por qué no venía el maldito Gauger para hacerse cargo de Raissa mientras él acababa con Erwin?

Pero Gauger no llegaba y la joven seguía lanzándole impulsos exterminadores.

Había matado muchas veces, sobre todo a terrícolas estúpidos e indefensos cuando hacía sus pruebas en aquel planeta. Pero nunca había disfrutado tanto como pensaba hacerlo ahora con los dos jóvenes. Porque ellos eran unos enemigos que podían ofrecerle alguna resistencia y esto lo animaba a ser más cruel, a satisfacer con más ansia sus instintos destructores.

Se olvidó de Gauger y concentró sus esfuerzos en el cerebro del científico.

Se apercibió bien claramente de cómo empezaba a vencerlo, casi podía sentir sus vasos sanguíneos estremecerse y bullir mientras la conexión entre las cédulas cerebrales de Edelman se descentraban, resquebrajada la unión de las mismas.

—Vas a morir, Edelman… Vas a morir…

Redobló sus esfuerzos. En unos instantes habría acabado todo y podría ocuparse de Raissa. Luego, sólo tendría que manejar la computadora en la que Erwin había puesto los datos simplificados y sería el dueño absoluto de aquel sistema.

Podría destruirlo, usar a sus habitantes como juguetes o matarlos a todos. Sería tan sencillo, tan sumamente fácil… Erwin le había ayudado mucho, sin él no hubiera sido posible…

Raissa atacaba. Golpeó la pared con sus manos y dudó de si sería mejor acabar primero con ella, porque le estaba impidiendo que se concentrara en Erwin. Pero no, todo debía ser rápido y Erwin ofrecería

más resistencia.

Necesitaba a Gauger, y éste parecía haberlo tragado la tierra. Comprendió que era un estorbo, pues ahora andaría por el centro, entusiasmado en lo que había conseguido.

Las fuerzas de Erwin vacilaban cada vez más. Ya no le importó que Gauger no estuviera con él. Quince segundos después de morir Erwin le pasaría lo mismo a Raissa. Se sentía capaz de ello.

* * *

Gauger estaba mirando los cuerpos caídos y se entusiasmaba sabiéndose mucho más fuerte que cualquier ser humano normal. Él, sólo con su mente, había paralizado a cientos de personas. Bastaría que Iker se lo ordenara para matarlas a todas ellas.

Los miraba y reía. Los ojos le brillaban, su mente había dejado de coordinar con normalidad y ahora tenía ocurrencias y pensamientos muy extraños.

Ignoraba que se había vuelto loco. Iker había trabajado demasiado en él y le había lesionado el cerebro; pero Gauger no llegaría a imaginarlo jamás porque ya no tenía facultades para ello.

De pronto creyó sentir que Iker lo llamaba y se giró hacia el otro extremo del pasillo. Pensó que sería mejor volver junto a él por si le necesitaba.

Pero uno de los cuerpos que había estado observando con tanto cuidado se movió causándole gran consternación. ¿Por qué se movían si él había trabajado de forma intachable?

¿Un enemigo de Iker? ¿Un obstinado mortal que se le resistía a su poder?

Que el hombre se agitara le despertó un irresistible sentimiento de odio. Pensó que lo mejor sería destruirlo para siempre, que Iker se lo agradecería mencionándole su buena labor.

Y se concentró en el caído para matarlo definitivamente, pensó en su cabeza que debía morir.

Se quedó quieto, inmóvil. Luego, cuando vio que la víctima estaba a punto de sufrir el fatal derrame cerebral, soltó una esquizofrénica carcajada.

Pero sucedió algo más. Estaba tan absorto con aquel infeliz, que no oyó los pasos a sus espaldas hasta que tras él sonó una voz áspera que dijo:

—¿Quién eres tú?

* * *

Volvió a gemir. Su corazón latía ya sin ritmo alguno, como el de un caballo agotado dispuesto a sufrir un colapso en cualquier momento a pesar de todos los esfuerzos que hacía para evitarlo.

La mano derecha de Raissa resbaló por el suelo del piso cuarenta y nueve para acercarse a la suya y apretarla con fuerza, como hacen los que unos instantes antes de morir se unen para viajar juntos hacia la muerte eterna y misteriosa.

Ambos supieron que no había esperanza, ¡ni la más mínima!

Raissa, temblando de terror por ellos mismos y por lo que iba a ser del mundo, quiso morir al mismo tiempo que Erwin. Además, había descubierto que lo amaba con todo su corazón y no quería separarse de él en momentos tan críticos.

Quiso decir algo, hacerle saber a Erwin lo que sentía por él, aunque no sospechaba lo que él estaba pensando en aquellos momentos cruciales.

—Adiós, Erwin… —murmuró.

Y, de la forma brusca, algo cambió. Ninguno de los dos pudo precisar qué era con exactitud, pero ambos notaron que la presencia de Iker en sus mentes desaparecía de forma total.

Raissa abrió los ojos y vio que Erwin la estaba mirando con la misma mueca de sorpresa que ella debía tener en el rostro.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—No sé…

—Yo tampoco lo comprendo. Iker tenía que habernos destruido y sin embargo ha dejado de quererlo. Tal vez seamos nosotros los que hemos vencido.

—No, lo siento…, vive.

—¿Entonces?

El asombro de Erwin apenas duró unas décimas de segundo. Repentinamente descubrió el motivo por el que Iker había suspendido sus ideas y esto hizo que nuevas esperanzas renacieran en su alma.

¡Aún podían salvar al mundo!

—Vamos, Raissa… ¡Los dos a la vez! Es nuestra oportunidad; ahora o nunca.

—Sí, Erwin.

Los dos aunaron sus mentes, fue como si soldaran sus cerebros en una lucha común y sin cuartel. Era demasiado lo que se jugaban en ello para dudar.

Mientras tanto, en Ataru, algo había sucedido. En realidad no era tan importante como hacer que Iker desistiera de sus propósitos, pero sí lo suficiente para conseguir que los abandonara durante unos instantes muy importantes.

El primero en sentir este peligro, aunque no se dio plena cuenta de ello, fue Gauger, al girarse y ver ante sí mismo a un hombre que ya conocía.

—¡Te has negado! —exclamó.

Scott, porque no se trataba de otra persona, oyó el grito y vio el rostro.

Lo suficiente para comprender que Gauger era un adversario. Sus ojos despedían odio a torrentes. Y por esta misma razón no vaciló: se lanzó contra él de un poderoso salto, hundiendo su cabeza en el estómago de Gauger.

El siervo incondicional de Iker exhaló un gemido de dolor y todos sus proyectos de destruir a Scott con los poderes mentales se le esfumaron. Notó que la vista se le nublaba, se deslizó hacia atrás y fue a abrir los ojos.

¡Entonces Scott empleó los métodos más antiguos de que el hombre dispone para defenderse!

Le disparó un total puñetazo a la frente y Gauger recibió el golpe con todos sus efectos. Abrió mucho la boca, quiso decir algo, pero el cuerpo le salió despedido hacia atrás, y cuando su espalda golpeaba contra la pared ya había perdido el conocimiento.

Scott lo vio caer y se dio cuenta de que no ofrecería resistencia, pues había perdido el conocimiento y aún dormiría un buen rato, el suficiente para permitirle averiguar algunas cosas más.

Lo primero que hizo el policía espacial fue apoderarse de la pistola de uno de los guardianes y echar a correr por el pasillo en dirección a donde había visto desaparecer a Erwin Edelman. Ignoraba el motivo, pero creía que en aquel lugar había algo mucho más importante de lo que parecía a simple vista.

Casi atravesó corriendo todo el centro. Empuñaba la pistola con firmeza y estaba dispuesto a disparar contra el primer obstáculo que se le interpusiera en el camino.

Pero se dio cuenta de algo más: algunos guardianes empezaban a dar muestras de vida, como si despertaran de una pesadilla horrenda y agobiante.

De pronto, empezó a notar un cosquilleo en su mente, algo le atraía en una de las vueltas del corredor. Allí había algo «malo» para la Humanidad.

Decidido a saber la verdad, continuó adelante, aunque no tuvo que avanzar mucho.

Casi delante de él surgió la figura de un hombre al que no había visto jamás. Su forma era muy extraña, y también la mirada de aquellos ojos que se centraban en los suyos hipnotizándole, dominándolo de una manera escalofriante.

Fue a disparar, y los dedos de su diestra no le obedecieron.

Entonces sintió un verdadero terror, porque supo que aquel ser era el culpable de lo que sucedía.

Pero las sorpresas y el miedo de Scott no terminaron allí. A pesar de que los miembros se le agarrotaban cada vez con más fuerza, pudo presenciar algo que no olvidaría jamás y que tendría que explicar muchas veces a lo largo de su vida.

¡Porque de pronto, Iker sufrió un brutal espasmo y todo su cuerpo se retorció como si fuera de goma! ¡Incluso saltó unos centímetros en el suelo para luego contraerse y emitir un aullido espeluznante, estremecedor!

Y, después, Iker cayó al suelo, pero su cuerpo pareció empequeñecerse, arrugarse como un reptil.

Asombrado, con los ojos abiertos como platos, Scott observó cómo el tamaño de Iker se reducía casi instantáneamente para después quedar inmóvil, muy inmóvil.

Se apartó sin darse cuenta de que sus miembros ya se movían casi como antes. Sintió un profundo pavor por lo que acababa de ver y se apoyó en la pared.

Y luego, una voz resonó en su mente:

—¡Vaya al emisor, Scott!

Era Erwin, lo había reconocido. La voz del científico no le asustó. A pesar de cuanto había sucedido, un algo inexplicable le decía que el peligro había pasado, que ahora Erwin le había llamado de verdad.

Le hubiera gustado saber lo que sucedía en el cuarenta y nueve piso del rascacielos de las Azores. Por ello no vaciló en correr hacia la sala donde había caído desvanecido poco antes.

Al mismo tiempo, lejos de allí, Erwin Edelman dejaba escapar un prolongado suspiro y relajaba todos los músculos de su cuerpo. Acababa de vencer la lucha más atroz en que ningún hombre se había visto jamás: el duelo mental.

—Erwin…, hemos vencido.

La miró encontrándola más bella que nunca. Ambos estaban fatigados, agotados.

—Raissa, de no ser por Scott no lo hubiéramos conseguido.

—Y de no ser por ti, yo nunca me hubiera atrevido a desafiar a Iker. Sabía que me tenía controlada en todo momento, que no confiaba en mí aún después de haberme elegido.

—Sí, tienes razón, creo que ha sido una lucha común. Me siento muy feliz de haberte conocido. Raissa.

—Y yo de que tú llegaras a Ataru, aunque fuera en estas circunstancias. Siempre soñé contigo.

—¿De verdad, Raissa?

—¿Lo dudas?

—No.

Y era cierto que sus ojos no mentían, como tampoco lo hacían los suyos al manifestarle a Raissa lo que sentía por ella. Los dos sabían lo que pasaría dentro de poco, cuando todos despertaran y quisieran saber la verdad.

Pero disponían de unos instantes que les pertenecían, pues no en vano habían sido la representación y la fuerza de la Humanidad frente a un enemigo despiadado.

Cuando sus labios se unían en un cálido beso de amor, arriba, en el piso superior, una voz clamó:

—¡Erwin! ¿Dónde se ha metido, profesor?

# Epílogo

EL gigantesco cohete tenía más de doscientos metros de altura y su proa señalaba el infinito, las estrellas que parpadeaban en aquella noche clara y radiante.

Raissa lo estuvo observando unos segundos y luego se volvió hacia Erwin. Su mirada fue melosa, enamorada. Ahora no corrían peligro, eran dichosos.

—Erwin, ¿también en la Luna se ve el cielo como aquí?

—No exactamente. La Tierra tiene cosas muy particulares como también allí las encontrarás. Estoy seguro de que te gustará; además, el laboratorio está en un lugar precioso, junto a unas minas enormes y cerca del Mar de la Tranquilidad.

—Me gustará, Erwin, te lo aseguro.

Entonces habló una tercera persona. Scott, sentado en otro sillón, hizo una mueca de disgusto, y dijo:

—Vaya, ¿por qué habrán tenido que ascenderme? —gruñó.

—No se enfade, Scott. Es posible que pronto lo destinen a nuestro satélite natural como jefe absoluto. Ayer hablé con el general Andrea y me insinuó algo.

Los ojos de Scott brillaron. Parpadeó y su rostro se alegró lo suficiente como para manifestar lo que sentía al respecto.

—¿Por qué no me lo dijo antes, Edelman?

—No creí que…

—De no ser por ese Iker, ahora seguiría en la Luna, y tal vez usted ya hubiera conseguido alguno de sus propósitos.

—¿Acaso no hicimos bastante, Scott? Tenga en cuenta que por algo le han ascendido.

—Desde luego… Ese Iker estuvo a punto de conseguir lo que se proponía. Estoy seguro de que en unos segundos más…

—No lo dude, Scott… En realidad lo que sucedió es que los tres formamos un buen equipo, eso es todo. Uno solo nunca hubiera conseguido interponerse ante Iker.

»Era demasiado fuerte.

—Vaya si lo era… Todavía están intentando analizar su cuerpo, o lo que sea. Según los mejores biólogos, su anatomía era casi como una máquina perfecta. Su mayor fuerza era el poder mental, pero también su único punto débil: un ser más fuerte que él podía destruirlo como él hacía con los más débiles.

—Exacto, Scott.

—Lo que más me maravilla —prosiguió el policía— es cómo estuvo localizando a las personas que le interesaban. Su plan debió ser metódico y muy largo.

—¿Y el cuerpo?

—Hemos averiguado que pertenecía a un científico que trabajaba en la Tierra. Lo mató y usó su cuerpo como disfraz; luego, encontró a Gauger y a Raissa. Sólo le faltaba usted. Aquellos segundos en los que se debían dominar a todas las computadoras de las Azores eran vitales y por eso pensó en usted.

—Sí, era muy listo —reconoció Erwin. Pero recordó algo más, y preguntó—: ¿Qué ha sido de Gauger?

—Él ya no tiene remedio. Su mente no concuerda y quedará recluido para siempre en Ataru. Era un infeliz.

—Tenga cuidado con la fuerza de la mente, Scott.

—Seguro que lo tendré, pero desde que murió Iker y ustedes perdieron aquellas facultades extrañas, ya todos estamos más tranquilos. ¡Cualquiera sabe de dónde venía Iker!

—Lo sabremos alguna vez, Scott. Por lo menos, esto ha sido una experiencia para que contemos con otras vidas que andan por el espacio y que la mayoría de las veces preferimos ignorar.

»Si volvemos a encontrarnos con un congénere de Iker, espero que tengamos algo con qué defendernos.

—De eso se encargará usted, que es científico, Erwin. Y, además, con su nueva ayudante…

Raissa sonrió feliz y se abrazó a su esposo, pues acababan de casarse aquella misma mañana y pensaban pasar la luna de miel en la Luna; sí, como habrían querido muchos sentimentales del tiempo antiguo.

—Seguro, Scott. Somos muy felices.

—Se nota a la legua. En fin, tengo que marcharme y creo que ustedes también. Apenas faltan unos minutos para que den la partida del cohete, y deben prepararse.

Levantáronse los tres. Scott se despidió de la muchacha y luego tendió la mano a aquel hombre magnífico en el que siempre había confiado y al que nunca pagarían lo que había hecho por la Humanidad.

—Suerte, Erwin.

—Gracias. Y lo mismo le deseo.

—Sólo quiero que volvamos a juntarnos alguna vez, no importa dónde —añadió el policía.

—Así lo espero, Scott.

Emocionados, los tres se miraron una vez más, y después Scott dio media vuelta para caminar hacia el ascensor que le llevaría a la planta del espacio—puerto. Antes de subir a él, se volvió una vez más y saludó con la mano.

Erwin seguía de pie, con el aire más humilde. Él era un hombre verdaderamente bueno, la semilla de lo que un futuro no muy lejano habrían de ser todos los hombres de aquel Sistema.

Cuando Scott hubo desaparecido, Erwin se giró hacia Raissa y la enlazó por la cintura.

—Bueno, Raissa, vámonos… Nos han reservado una habitación especial en el cohete. Somos los invitados de honor de todo el mundo.

—Te lo mereces, Erwin.

—Lo merecemos los dos. Pero vamos, tengo ganas de que estemos a solas, de hallarme ya en ese nuevo laboratorio que me han concedido y viéndote a ti siempre a mi alrededor.

»¿Ya sabes que estaremos completamente solos, Raissa?

—¿De verdad, Erwin?

—Así me lo han prometido. Ahora, después de lo de Iker, todos confían en mí. Y tengo unas cosas pendientes que pienso acabar. Me parece que ya te he hablado de ellas.

—Sí, Erwin.

—Bueno, no quiero recordarlas.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que sólo quiero pensar en ti. Un par de veces al año volveremos a la Tierra a pasar unas vacaciones.

—¡Me parece estupendo, Erwin!

—Y yo te quiero mucho, Raissa.

Enlazados por la cintura, inmunes contra lo que no fuera ellos mismos y la felicidad por la que tanto lucharon, los dos caminaron hacia la pasarela que conducía al vientre del enorme cohete. Anduvieron por ella, penetraron en la nave y luego en la «suite» que el capitán les había reservado en su honor.

Cuando estuvieron dentro, Erwin cerró la puerta con un suave apretón en el pulsador.

¡Porque Raissa lo estaba besando en los labios!

FIN